

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



PRIMAVERA EN LA PLAZA DE PARÍS

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Primavera en la plaza de París”:
Juan Antonio Ríos Carratalá.

PRIMAVERA EN LA PLAZA DE PARÍS

COMEDIA EN DOS ACTOS

DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Arlequín, de Madrid,
la noche del 1 de febrero de 1968 con el siguiente REPARTO

LeonorAMELIA DE LA TORRE

MaritaLOLITA LOSADA

PalomaGLORIA MUÑOZ

BelénNURIA GIMENO

EstebanGABRIEL LLOPART

PedroALBERTO BOVÉ

PericoJUAN DIEGO

DamiánJOAQUÍN ROA

Ilustraciones musicales: MANUEL PARADA

Decorado: TORRE DE LA FUENTE

Dirección: ENRIQUE DIOSDADO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Estamos otra vez en el piso entresuelo de la vieja casa isabelina de la plaza de París,¹ donde transcurrieron las escenas de *La muchacha del sombrero rosa*. Esta comedia que ahora comienza se inicia unas horas después de concluida aquella. Un salón muy acogedor. Al fondo, una amplia embocadura. En el lateral de la derecha, un alto balcón con cortinajes, abierto de par en par, da a los jardines de la plaza. A la izquierda, en primer término, una puerta; más allá se inicia un pasillo. Entre la puerta y la entrada del pasillo, una cómoda antigua y un gran espejo con marco dorado que pende de la pared. En el centro de la estancia, un bonito sofá y una mesita baja. Cerca del balcón, un sillón muy cómodo y una pantalla. Un pequeño velador con vasos, copas y licores. Cuadros. Libros. Pantallas. Unas flores. Un teléfono. Un ambiente muy grato. Todo exquisitamente puesto y cuidado con mimo y con amor.

(A telón corrido se oye un fragmento musical. Es de noche, poco después de la cena. En escena se encuentran Leonor, Esteban, Marita, Paloma, Belén y Damián, el viejo criado, nuestros ya conocidos personajes. Leonor y las tres muchachas –Marita, Paloma y Belén– en el sofá, agrupadas ante la pantalla de un pequeño receptor portátil de televisión, instalado sobre la mesita, siguen muy interesadas el desarrollo del programa. Esteban, sentado en el sillón, al lado del balcón, lee superficialmente un diario de la noche. Damián recoge el servicio de café que ya ha sido consumido. En el momento de alzarse la cortina surge en el receptor la Voz de un locutor)

VOZ DE UN LOCUTOR.—Información extranjera. En la sesión de la Asamblea general de las Naciones Unidas, celebrada esta tarde, el secretario de Estado norteamericano ha puesto de manifiesto, una vez más, la excelente disposición de la Casa Blanca para negociar la paz en el Vietnam...

¹ La plaza de la Villa de París se encuentra en el distrito centro de Madrid, entre las calles del General Castaños, García Gutiérrez y Marqués de la Ensenada. La localización permite una rápida identificación del elevado estatus social de los protagonistas.

LEONOR.—¡Ay! ¡Pero qué frívolo es ese pobre señor!

LAS MUCHACHAS.—(*Riendo*) —¡No!

LEONOR.—Siempre dice lo mismo.

(Las risas de las muchachas casi ahogan la voz del locutor, que sigue hablando)

VOZ DEL LOCUTOR.—París. En una rueda de prensa celebrada esta mañana en el Palacio del Elíseo, el general De Gaulle ha anunciado su firme propósito de presentarse a candidato a las próximas elecciones para Presidente de la República.² Bruselas. En un ambiente de gran optimismo continúan las negociaciones para el ingreso de España en el Mercado Común. Londres. En la sesión del Parlamento celebrada esta tarde, el primer ministro británico, respondiendo a la pregunta de un diputado conservador, ha declarado que, en efecto, hasta él han llegado rumores de que los españoles reclaman Gibraltar, si bien estos rumores todavía no han sido confirmados...³

(Un súbito revuelo. Leonor y las chicas saltan muy indignadas:)

TODAS.—¿Cómo?

LEONOR.—¿Qué ha dicho?

MARITA.—¡Papá!

ESTEBAN.—(*Distraidísimo*) —¡Je!

LEONOR.—¡Ay, los ingleses! ¡Nunca se enteran!⁴

(Y ahora llega otra vez por el receptor la voz del locutor)

VOZ DEL LOCUTOR.—Información Nacional. Conferencia de Esteban Lafuente en el Ateneo de Madrid...

(Marita, Paloma y Belén, excitadísimas, se ponen en pie vivamente. Las tres hablan muy aprisa y al mismo tiempo)

2 La comedia se estrenó pocos meses antes de los sucesos de mayo de 1968, que modificaron todos los planes del general De Gaulle.

3 Ruiz Iriarte insiste en la opción de escribir una comedia vinculada con su época y utiliza este recurso del noticiario, culminado con un guiño al público de probada eficacia.

4 La reacción unánime prueba que los cinco personajes comparten un mismo concepto del patriotismo. Los procedentes del exilio son tan patriotas como Leonor.

LAS MUCHACHAS.—¡Ayyy!

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Papá!

LEONOR.—(*Contentísima*) —¡Esteban!

DAMIÁN.—¡Señor!

(*Esteban se incorpora, casi asustado*)

ESTEBAN.—¿Qué ocurre?

BELÉN.—¡Que están hablando de ti!

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

LAS MUCHACHAS.—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¡Niñas! ¡Callaos! Tenemos que oír lo que dicen de papá.

MARITA.— A ver, a ver...

PALOMA.—A ver.

(*Leonor, Marita, Paloma y Belén miran, atentísimas y anhelantes, a la pantalla. Damián, que se ha incorporado al grupo sonríe. Esteban en pie junto al balcón, espera*)

DAMIÁN.—¡Je!

VOZ DEL LOCUTOR.—Esta tarde, en el Ateneo de Madrid, ha pronunciado su anunciada conferencia el ilustre escritor Esteban Lafuente, que recientemente ha regresado a España después de varios años de permanencia en América adonde llegó exiliado en mil novecientos treinta y nueve, al término de la guerra civil española. Al acto asistió el ministro de Información y Turismo.⁵

LAS MUCHACHAS.—(*Emocionadísimas*) —¡Oh!

LEONOR.—¡Jesús! ¡El ministro!

VOZ DE OTRO LOCUTOR.—El salón de actos de la casa de la calle del Prado se hallaba rebotante de un público que acogió la presencia del ilustre escritor en la tribuna con una larga ovación...

5 La posibilidad de que semejante información encabezara la sección nacional de un telediario de la época no es remota, sino inverosímil. Sin embargo, cabe entenderla en el marco de las comedias de la esperanza escrita por un autor más atento a sus deseos que a la realidad. El ministro era Manuel Fraga Iribarne, cuyo mandato se caracterizó por una actitud aperturista dentro del franquismo.

(Las tres chicas brincan de alborozo, emocionadísimas)

LAS MUCHACHAS.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papaíto!

MARITA.—¡Querido papá!

ESTEBAN.—*(Sonriente y un poco conmovido)* Bueno, bueno...

VOZ DEL LOCUTOR.—La conferencia de Esteban Lafuente, que versó sobre «La poesía española en la Edad Media», fue un auténtico prodigio literario. La claridad de juicio y el pensamiento profundo del gran escritor, la gracia y el primor de su prosa cautivaron por completo al auditorio que interrumpió muchos pasajes con sus aplausos y, al final, dedicó al famoso conferenciante una ovación que duró varios minutos...

(En este momento, Marita, Paloma y Belén corren hacia Esteban y se abrazan a él gozosamente)

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Huy! ¡Papá!

ESTEBAN.—¡Je! Pequeñas...

DAMIÁN.—¡Enhorabuena, señor!

ESTEBAN.—Gracias, Damián.

VOZ DEL OTRO LOCUTOR.—Última hora. Ha causado profunda consternación en el país la noticia de que el famoso delantero centro, Pepito Zamalloa, tendrá que ser operado de menisco...

LEONOR.—*(Indignada)* ¡¡Vaya usted a paseo!!

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh!

(Leonor cierra bruscamente el televisor y se pone en pie muy enfadada)

LEONOR.—¡Vamos! Pues sí que nos importa a nosotras ahora el menisco de Pepito...

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh...!

MARITA.—¡Leonor!

ESTEBAN.—Pero, mujer...

BELÉN.—¡Pobre Pepito!

(Todavía siguen riendo. Poco a poco cesan las risas. Y Leonor, ante el grupo que forman Esteban y las chicas que le rodean, sonrío)

LEONOR.—Bueno. No se puede negar que tu vuelta a España está resultando un gran éxito...

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¿Estás contento?

(Esteban, en silencio, conmovido, mira largamente a Leonor)

ESTEBAN.—Sí, Leonor. Estoy muy contento.

(Leonor se vuelve a las chicas y sonrío de nuevo)

LEONOR.—¿Y vosotras? ¿Os sentís muy orgullosas de papá?

(Las tres chicas saltan arrolladoras, impetuosas)

LAS MUCHACHAS.—¡Sí!

MARITA.—¡Naturalmente! ¡Muy orgullosas!

BELÉN.—¡Muchísimo!

PALOMA.—*(Con arrebatos)* Papá es fantástico, ¿verdad?

MARITA.—¡No hay otro como él!

BELÉN.—*(Intrépida)* ¡Genio! ¡Genio!

ESTEBAN.—*(Sonrojadísimo)* ¡¡Niñas!!

(Las chicas ríen)

LAS MUCHACHAS.—¡Oh!

ESTEBAN.—*(Enfadado)* Pero ¿qué es esto? ¿Qué estáis diciendo? ¿Qué manera de hablar es esa? ¡Vamos! ¡Vamos!

(Y se va por la izquierda del fondo, casi con prisa. Las tres chicas se miran entre sí y prorrumpen en una gran carcajada)

LAS MUCHACHAS.—¡Oh!

BELÉN.—*(Divertidísima)* ¡Se ha puesto colorado!

PALOMA.—¡Pobre papá!

BELÉN.—¡Papaíto! ¡Espera!

(Salen Marita, Paloma y Belén siguiendo los pasos de Esteban. Quedan solos en escena Leonor y Damián. Un gran silencio. Durante unos segundos los dos se miran callados. El criado sonrío)

DAMIÁN.—¡Je!

(Leonor, pensativa, despacio, marcha hacia el balcón. Allí, en pie, mira un instante hacia la calle. Luego, en una transición, se vuelve hacia Damián con ansiedad)

LEONOR.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—Yo estoy muy asustada.

DAMIÁN.—Pero, señora...

LEONOR.—Sí, sí, sí. Tengo miedo. ¿Qué va a pasar ahora, Damián? Porque la situación es, realmente, fantástica, ¿no crees? De pronto, mi marido, el famoso Esteban Lafuente, que se fue a Buenos Aires en 1939, al terminar la guerra civil, porque era un intelectual muy, muy de izquierdas, ha vuelto...

DAMIÁN.—Sí, señora...

LEONOR.—Pero ha vuelto con tres hijas de otra mujer...

DAMIÁN.—*(Sonriendo)* Sí, señora. Y la señora ha abierto de par en par las puertas de su casa para el señor y para sus hijas...

LEONOR.—¡Sí!

DAMIÁN.—¡Je! Y aquí están.

(Leonor, involuntariamente, mira en torno)

LEONOR.—¡Sí! Aquí están, él y sus hijas, conmigo, en mi casa. En esta casa de los Valdés y Montiel. La vieja casa de la plaza de París. En la casa de mi padre que fue ministro de la Monarquía...

DAMIÁN.—Sí, señora.⁶

(Un levísimo silencio)

⁶ Esta información recapitula lo sucedido en *La muchacha del sombrero rosa* y permite situarse al espectador, sobre todo si no pudo ver la citada comedia.

LEONOR.—Y esta es la primera noche.

DAMIÁN.—¡Je!

LEONOR.—(*Inquietísima*) ¡Damián! ¿Qué va a pasar ahora?

DAMIÁN.—(*Muy dispuesto*) ¡Señora! Tengo una idea. ¿Por qué no llama la señora a su confesor y se lo cuenta todo? Eso la tranquilizaría seguramente...

LEONOR.—(*Con desconsuelo*) ¡Ay, Damián! Porque mi confesor es una cura de antes del Concilio.⁷ Y esos ya no sirven, pobrecitos.

DAMIÁN.—¡Ah! ¿No?

LEONOR.—¡No!

DAMIÁN.—¡Vaya!

(*Leonor, en una transición, vuelve el rostro con cierto rubor*)

LEONOR.—Naturalmente, los pequeños detalles de esta convivencia, lo más difícil, ya está resuelto. Mi marido ya sabe que dormirá solo en la habitación de los huéspedes, al final del pasillo...

DAMIÁN.—¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—Pues, claro...

DAMIÁN.—(*Muy interesado*) Pero ¿siempre?

LEONOR.—(*Sofocadísima*) ¡Damián! Esa pregunta me parece absolutamente indecente...

DAMIÁN.—¡Oh! Disculpe la señora...

LEONOR.—¡Jesús! Parece mentira que seas tan viejecito y tan desvergonzado...

DAMIÁN.—¡Hum!

LEONOR.—Tú sabes muy bien que entre mi marido y yo todo terminó entonces, aquella mañana de marzo de 1939, cuando se fue. Y si hoy he abierto para él y para sus hijas las puertas de esta casa no ha sido realmente por él, sino por ellas, por esas chicas, por esas criaturas que no tienen madre; porque la suya, aquella pobre Belén, murió en Buenos Aires hace cinco años. Por esas tres chiquillas adorables, que no tienen culpa de nada y que, sin saber cómo, se me han metido en el corazón muy dentro, muy dentro...

DAMIÁN.—(*Suavemente*) ¡Señora!

LEONOR.—(*Muy bajo*) ¿Qué?

7 . La repercusión del Concilio Vaticano II (1962-1965) fue notable en España y generó un debate entre los partidarios de una Iglesia apegada a la tradición y quienes propugnaban su adaptación a los tiempos modernos.

DAMIÁN.—¿Por qué quiere engañarme a mí la señora? La verdad es que si la señora ha recibido en su casa al señor con sus hijas es porque la señora todavía está enamorada del señor...

LEONOR.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Je! A pesar de todo. A pesar de que, en 1939, el señor se fue a la Argentina con sus amigos y la señora se quedó aquí, con los suyos, porque ni uno ni otro podían hacer otra cosa. A pesar de que el señor vivió con otra mujer en Buenos Aires. A pesar de tantos y tantos años de separación. A pesar de todo eso, la señora todavía está enamorada del señor como entonces, cuando el señor era un joven escritor de izquierdas y la señorita una señorita de derechas, hija de un ex ministro de Alfonso XIII, que se casaron una mañana en la iglesia de las Salesas. Y si ahora la señora es capaz de querer a esas hijas que el señor ha traído de América es, precisamente, por eso, porque ellas son hijas del señor... *(Leonor, que ha escuchado en silencio las palabras del criado, tiene ahora los ojos llenos de lágrimas. Alza la frente y se queda mirando a Damián, indefensa, casi sonrojada)* ¡Je! Después de todo, es una bonita historia.

LEONOR.—¡Damián! Tú lo sabes todo, ¿verdad?

DAMIÁN.—Sí, señora. Casi todo. ¡Je!

LEONOR.—¡Claro! Eres tan viejecito, tan viejecito...

DAMIÁN.—*(Sonriendo)* ¡Ah! ¡Llegué a esta casa hecho un real mozo, unos días antes de que viniera al mundo la señora...!

LEONOR.—*(Vivamente)* Entonces, no eches la cuenta...

DAMIÁN.—No, no, señora.

(Leonor marcha hacia el balcón. Una vez allí, mira hacia el cielo. Un leve silencio)

LEONOR.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—*(Conmovida)* Él apareció como caído del cielo, rodeado con sus tres hijas. Y la verdad es que no sabía qué hacer con ellas...

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señora.

(Un silencio)

LEONOR.—Hace una hermosa noche.

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—Es otoño y parece primavera...

DAMIÁN.—¡Je!

(Leonor sale al balcón. Desaparece. El viejo criado sonríe y muy despacio recoge la bandeja con el servicio del café y se va por la entrada del pasillo. Por unos segundos la escena permanece en soledad. Al cabo, por donde se fueron, surgen Marita, Paloma y Belén. Se quedan allí un instante, suavemente intimidadas ante la estancia desierta. Luego, en silencio, avanzan. Se miran. Y sonríen)

MARITA.—Todo eso es fantástico, ¿verdad?

BELÉN.—¡Huy! ¡Que si es...!

PALOMA.—¡Figúrate!

MARITA.—¡Dios mío! ¿Quién lo iba a pensar? Papá y nosotras aquí, en esta casa, en la casa de la plaza de París...

(Se callan. Se sientan en el sofá. Un cortísimo silencio)

PALOMA.—Nosotras nunca hemos vivido en una casa como esta, ¿verdad?

BELÉN.—¡Oh, no! ¡Qué va! En América no hay casas así...

PALOMA.—*(Sonriendo)* ¡Chicas! ¿Os acordáis de aquel pisito de Mar del Plata?

MARITA.—¡Ay, sí!

BELÉN.—¡Huy! Era tan chiquitín, tan chiquitín...

MARITA.—¿Os acordáis de aquel hotel de Nueva York donde estuvimos con papá hace dos años? ¡Dios mío! Jamás olvidaré aquel hotel. Y aquel tocadiscos del bar de la esquina, siempre con la última canción de Frank Sinatra. ¡Uf! Desde entonces detesto a Frank Sinatra. ¡Qué pesado!

PALOMA.—¡El pobre! Está viejísimo...

(Otro silencio)

BELÉN.—¡Marita! ¡Paloma! ¿Os acordáis de nuestro apartamento de Buenos Aires?

MARITA.—¡Claro!

PALOMA.—¿Cómo olvidarlo? Eran tres habitaciones pequeñas en el último piso de un rascacielos en Rivadavia. Nada más. Pero, de noche, mientras papá escribía en su rincón, nosotras nos asomábamos a la terraza. Y desde aquella terraza Buenos Aires, todo encendido, nos parecía un milagro...

(Se callan. Un silencio. Y por el balcón surge Leonor)

LEONOR.—¡Niñas! ¿Qué es eso? ¿Ha pasado un ángel?

(Las tres chicas se vuelven vivamente hacia Leonor. Brincan y corren hacia ella)

LAS TRES.—¡Leonor!

LEONOR.—*(Ríe)* ¡Jesús! ¡Hijitas!

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué, María?

MARITA.—Esta es nuestra primera noche en tu casa...

LEONOR.—*(Conmovida)* ¡Niña! ¿Pero es que vais a llorar ahora?

MARITA.—¿Por qué no?

LEONOR.—¡Oh!

PALOMA.—¿Qué quieres? La verdad es que no somos más que tres pobres chicas tontas y sentimentales. Pero, claro, la culpa es de papá, que nos ha educado fatal, fatal...

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

BELÉN.—¡Ay! Yo le regaño mucho. Pero es inútil.

LEONOR.—¡Oh!

(Ríen las tres. Marita abraza a Leonor y la besa)

MARITA.—Buenas noches, Leonor.

LEONOR.—Buenas noches, María.

PALOMA.—Buenas noches.

LEONOR.—Buenas noches, Paloma.

BELÉN.—Buenas noches.

LEONOR.—Buenas noches, pequeña.

(Las tres escapan por la izquierda del fondo. Queda la última Belén que, antes de salir, se vuelve un instante hacia Leonor)

BELÉN.—¡Leonor! Hay algo que me preocupa.

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué es?

BELÉN.—*(Muy interesada)* ¿Tú crees que yo tendré éxito en España?

LEONOR.—¡Oh!

(Ríen las dos. La pequeña escapa. Queda Leonor sola. Dentro se oyen las voces de Belén y Esteban)

BELÉN.—*(Dentro)* Buenas noches, papá.

ESTEBAN.—*(Dentro)* Buenas noches, hijas. *(Y por donde se fue, entra Esteban sonriente)* ¿No sabes? Las chicas están encantadas con esa preciosa habitación que has dispuesto para ellas...

LEONOR.—¿De veras?

ESTEBAN.—¡Figúrate! Están viviendo un sueño. *(Avanza. Se sienta en el sofá. Mira en torno y sonrío)* Bueno. Pero ¿y yo? ¿Es que no estoy soñando yo también? ¿Soy yo este Esteban Lafuente, otra vez vecino de Madrid, con domicilio en la plaza de París, el mismo que hace unos días, apenas unos días, Dios mío, hablaba de Lope, de Cervantes y del Arcipreste a los muchachos de una universidad de California? Te aseguro que me cuesta trabajo creerlo. Esta tarde, mientras paseaba por esa calle del Prado, por la plaza de Santa Ana, por la calle del León, alrededor de mi viejo Ateneo, como en aquellos atardeceres de mi juventud, pensaba, como si fuera otro y no yo, en aquel exiliado lleno de nostalgia y de melancolía que durante años y años ha vivido fuera de España, con el pensamiento y la imagen puestos en España; soñando España con rabia y con alegría, con celos y con orgullo, con un poco de rencor y con mucho amor, con gozo y con dolor a la vez, ¿comprendes? Y cuando subí a la tribuna y me vi otra vez en aquel salón, que está igual que entonces, tan anticuado y tan bonito como entonces, tuve la sensación de que no había pasado el tiempo. *(Un silencio. Como para sí mismo. Una suave sonrisa)* ¡Je! Allá, en América, esta era la hora mágica: la hora de los sueños. En Buenos Aires o en Nueva York, en Méjico, o en el Perú, donde quiera que estuviera, cuando llegaba la noche yo me hundía en un sillón, cerraba los ojos y con la imaginación viajaba y viajaba...

LEONOR.—*(Sonriendo)* ¿Viajabas?

ESTEBAN.—¡Digo! ¡Y qué viajes! ¡Si tú supieras! De pronto, me decía a mí mismo: bueno, esta noche me voy a Valencia. ¡Hala! Y izas!, me iba a Valencia. ¡Oh! ¡Y qué bonita estaba Valencia a mi llegada, radiante de luz, de júbilo, de estampidos y de cohetes! Era en las Fallas, claro, ya se sabe. Otra noche pensaba: Santiago de Compostela. ¿Te das cuenta, Leonor? ¡Santiago bajo la lluvia en una noche de invierno! Era una tentación. Y ni corto ni perezoso, ¡pum!, a Santiago. ¡Digo! Pues, ¿y Sevilla? En Sevilla estuve muchas veces. Llegaba siempre en primavera y, como un turista sentimental y un poco tonto, me pasaba horas y horas dando vueltas por las callecitas del barrio de Santa Cruz. Naturalmente, también estuve en Toledo y en Granada y en

Mallorca. ¡Ah! Y en Barcelona. Cuántos días, de mañanita, he paseado como un vagabundo por esa Rambla llena de sol, de pájaros y de flores...

LEONOR.—Esteban...

ESTEBAN.—Por cierto: ¿quién dijo que la Rambla de las Flores es la calle más bonita del mundo?

LEONOR.—¡Un catalán!

ESTEBAN.—¡Oh, no! Estoy seguro de que no fue un catalán. *(Sonriendo)* Bueno. De mis escapadas a Madrid, a este Madrid, a mi Madrid, ¿qué voy a decirte? Mis correrías terminaban siempre aquí, en esta plaza de París, debajo de estos balcones. Una vez me acerqué al portero y le dije: ¡Por favor! ¡Dígame! ¿Sigue viviendo en el entresuelo de esta casa la excelentísima señora doña Leonor de Valdés y Montiel, hija de un ministro, nieta de un embajador, bisnieta de un almirante...?

LEONOR.—*(Emocionada)* ¡Calla! ¿Quieres?

(Él se vuelve hacia ella y sonríe un poco azorado)

ESTEBAN.—¡Ea! ¿Qué te parece? ¡Qué ingenuo es todo eso! ¿Verdad? ¡Qué inocente! ¡Qué pequeñito se hace un hombre cuando tiene que vivir de sus sueños! Pero ¿qué quieres? Allí, en el destierro, la vida era así...

LEONOR.—¡Claro! *(Un silencio. Leonor, despacio, marcha hacia el balcón. Desde allí, mirando hacia la calle)* ¿Vas a salir esta noche?

ESTEBAN.—¿Ahora? ¡Oh, no!

LEONOR.—¡Qué extraño! Antes -¿te acuerdas?- salías todas las noches...

ESTEBAN.—¡Je!

(Leonor vuelve. Se le queda mirando con un sutilísimo rencor)

LEONOR.—¡Te ibas al café!

ESTEBAN.—Es verdad. Me iba al café.

LEONOR.—¡A tu dichoso café lleno de republicanos!

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—¡Oh! ¡Aquel café! *(Se sienta de nuevo en el sofá)* Naturalmente, me figuro que esta tarde habrán acudido al Ateneo, para aplaudirte, todos tus viejos amigos. Tus correligionarios, quiero decir. En fin, la gente de izquierdas.

ESTEBAN.—*(Una sonrisa)* ¡No! Te equivocas.

LEONOR.—¡Ah! ¿No?

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¡Qué raro!

ESTEBAN.—Esos viejos amigos míos de los años mozos, mis correligionarios, como tú les llamas, los del antiguo Ateneo, los contertulios del viejo café, los de la Institución Libre de Enseñanza, la gente de mi mundo, en fin, no parecen muy satisfechos por el hecho de que yo haya vuelto a España. ¿Qué quieres? Están un poco desencantados. Creo que en cierto modo les he decepcionado...

LEONOR.—¡No!

ESTEBAN.—Sí, sí...

LEONOR.—¡Jesús!

ESTEBAN.—(*Una transición. Sonríe*) En cambio, parecía que esta tarde en el Ateneo se habían reunido para escuchar a Esteban Lafuente todos los millonarios de Madrid. Por allí eran todo pieles, y joyas, y perfumes caros, y unos enormes automóviles aparcados en la calle del Prado...

LEONOR.—¡Ay, hijito! Todo eso de las pieles, las joyas y los coches es cosa del Desarrollo.⁸

ESTEBAN.—¿Tú crees?

LEONOR.—¡Naturalmente! Como que, a veces, una no sabe si el Desarrollo consiste en que los pobres sean menos pobres o en que los ricos sean más ricos...

ESTEBAN.—(*Riendo*) ¡Qué cosas dices! (*Una transición. Se vuelve hacia ella con mucho interés*) A propósito. ¿Y tus amigos, Leonor? ¿Qué fue de tus amigos? ¿Qué fue durante todos estos años de aquel grupo de muchachos y muchachas que frecuentaban esta casa en vísperas de la guerra civil?

LEONOR.—¡Oh! Ha pasado tanto tiempo. Ellos, pobrecitos, han engordado escandalosamente...

ESTEBAN.—(*Ríe*) ¡Claro! Es natural...

LEONOR.—Juegan al golf, no comen y hacen mil locuras más para adelgazar. Pero todo es inútil. Engordan y engordan.

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¡Qué tozudos! ¿Verdad?

ESTEBAN.—¡Mujer!

LEONOR.—Ellas, infelices, se defienden como pueden. A mí me parece que muy mal. Pero, en fin...

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¿Te acuerdas de Federico Montes?

8 El término estaba de actualidad gracias a los Planes de Desarrollo Económico y Social, que se llevaron a cabo en la economía española durante la etapa final del franquismo, entre 1964 y 1975, a partir del Plan de Estabilización de 1959.

ESTEBAN.—¡Naturalmente!

LEONOR.—Pues, de pronto, figúrate, él, que era tan de derechas, se enfadó con el régimen...

ESTEBAN.—¡Hola! ¿Y se fue de España?

LEONOR.—¡No! ¡Qué va! Se dedicó a los negocios y se hizo millonario...

ESTEBAN.—¡Ah, ya!

LEONOR.—Berta Mendoza y Manolo Valle se casaron. Un matrimonio catastrófico.

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

PALOMA.—¡Oh! Un verdadero drama. Y menos mal que, al final, todo se arregló decentemente, porque en Roma anularon el matrimonio y ella pudo casarse con el otro...

ESTEBAN.—(*Estupefacto*) ¡No!

LEONOR.—¡Ah, sí, sí! Berta era muy, muy católica⁹...

ESTEBAN.—¡Je! ¿Y los demás?

LEONOR.—Piluca Mendizábal se quedó soltera...

ESTEBAN.—¡Pobre Piluca!

LEONOR.—La infeliz no lo pudo evitar...

ESTEBAN.—¡Oh! (*Ríen los dos. De pronto, Esteban, después de un levísimo silencio*)
Oye.

LEONOR.—¿Qué?

ESTEBAN.—¿Y Pedro Barrera? ¿Qué fue de Pedro Barrera? Era uno de los íntimos de esta casa. Un muchacho alegre, inteligente, encantador. Y a pesar de que él y yo, en política, teníamos ideas radicalmente distintas, nos hicimos grandes amigos...

LEONOR.—¡Oh! Pedro Barrera se casó en el cuarenta y dos con una muchacha de La Coruña. Pero ella murió cinco o seis años después. Tiene un hijo. Naturalmente, Pedro Barrera siempre ha estado muy metido en política. Ha desempeñado cargos muy importantes, incluso estuvo a punto de ser ministro. Luego fue de embajador a no sé qué país de Oriente Medio. Pero desde hace algún tiempo vive muy retirado. Pasa temporadas en el campo. Y cuando está en Madrid apenas sale de su vieja casa de la calle Serrano...

9 El alfilerazo de Ruiz Iriarte se dirige contra las anulaciones matrimoniales basadas en pruebas y testimonios falseados por los contrayentes o por testigos, que equivalían a una especie de divorcio para católicos.

ESTEBAN.—(*Con risueña nostalgia*) ¡Je! ¡Pedro Barrera! ¿Te acuerdas, Leonor? ¿Te acuerdas de una noche de verano, que Pedro y yo te llevamos a la verbena en un coche de caballos?

LEONOR.—(*Riendo*) ¡Calla! ¿Cómo no voy a acordarme? Era la verbena de San Antonio. Todavía me veo, tan orgullosa y tan castiza, con mi mantón de Manila. ¡Oh!

ESTEBAN.—Pedro y yo llevábamos sombrero hongo...

LEONOR.—(*Riendo*) ¡No!

ESTEBAN.—Sí, sí...

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Qué locos éramos!

ESTEBAN.—¡Qué jóvenes!

LEONOR.—Es verdad. Aquella noche todavía éramos novios. ¿Te acuerdas?

ESTEBAN.—Sí...

(Se hace un suave silencio. Ella marcha despacio hacia la puerta de la izquierda. Pero se detiene antes de llegar. Una transición)

LEONOR.—Mira. He pensado que mañana tus hijas y yo almorzaremos en el campo. Y después nos meteremos en algún teatro. Te dejaremos todo el día solo, solo y tranquilo, para que ordenes tus libros y tus papeles. Para que te organices un poco.

ESTEBAN.—(*Sonríe*) Bueno. A tu gusto.

LEONOR.—Naturalmente, ya puedes ir preparándote, hijito. Las chicas y yo estamos decididas a llevar una vida muy, muy independiente...

ESTEBAN.—¡Hola!

LEONOR.—¡Ah! Tengo muchísimo interés en que nadie diga por ahí que cuatro mujeres insensatas perturban la paz espiritual de un futuro premio Nobel...

ESTEBAN.—(*Ríe*) ¡Por favor!

LEONOR.—(*De pronto, con un insólito entusiasmo*) Además, tengo grandes proyectos. Para empezar, dentro de unos días daré un cóctel...

ESTEBAN.—¿Un cóctel?

LEONOR.—(*Triunfante*) ¡Ay! ¡Y qué cóctel! Será algo fantástico. Llenaré esta casa de gente...

ESTEBAN.—(*Un poco asustado*) ¡Leonor! ¿No será demasiada gente?

LEONOR.—¡Quia!

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—(*Encantada*) Vendrá lo mejor de Madrid. ¡Toda la buena sociedad! ¡Y el obispo!

ESTEBAN.—¿El obispo también?

LEONOR.—¡También! ¡A mí la Iglesia no me falta nunca!

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—(*Radiante*) ¡Ah! ¡Qué día! Ya verás, ya verás...

ESTEBAN.—(*Muy alarmado*) ¡Leonor! Pero ¿por qué vas a hacer eso?

LEONOR.—¿Que por qué? (*Piensa un poco. Con otro tono*) Muy sencillo. Por ellas. Porque quiero que todos conozcan a tus hijas. Porque quiero que María, Paloma y Belén, esas tres pequeñas españolas que acaban de llegar, entren en ese mundo que es mi mundo, que va a ser el suyo, con ilusión, con alegría, con orgullo...

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué? ¿Qué vas a decir?

(Se miran en silencio. Él está muy emocionado, con los ojos brillantes)

ESTEBAN.—Nada. No voy a decir nada.

LEONOR.—(*Suavemente*) ¡Anda! Vete a dormir...

ESTEBAN.—Ya, ya me voy... (*Un silencio*) Buenas noches, Leonor.

LEONOR.—Buenas noches, Esteban.

ESTEBAN.—¡Je!

(Él marcha muy despacio hacia el fondo)

LEONOR.—(*De pronto*) ¡Esteban!

ESTEBAN.—¿Qué?

LEONOR.—En tu mesilla de noche he dejado una botella de agua mineral...

ESTEBAN.—Gracias.

LEONOR.—Para el desayuno querrás café y tostadas, ¿no?

ESTEBAN.—Sí.

LEONOR.—Como siempre...

ESTEBAN.—Como siempre...

(Leonor, de pronto, se ruboriza vivamente)

LEONOR.—Bueno, vete. Tu habitación ya sabes cuál es. La de los huéspedes, al final del pasillo...

ESTEBAN.—Sí, sí. Ya sé.

LEONOR.—Hasta mañana.

ESTEBAN.—Hasta mañana. (*Esteban marcha de nuevo. Pero, de pronto, se detiene como cayendo en la cuenta de algo*) Oye. Por curiosidad...

LEONOR.—¿Qué?

ESTEBAN.—¿Dónde duermes tú ahora?

LEONOR.—(*Un respingo*) ¿Cómo? ¿Que dónde duermo yo ahora?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—(*Enfadadísima*) ¿Y a ti qué te importa?

ESTEBAN.—Mujer...

LEONOR.—(*Con muchísima dignidad*) Vamos, hombre. ¡Qué pregunta!

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—(*Todavía sofocada*) Jesús, Jesús. ¿Dónde quieres que duerma? En mi alcoba...

ESTEBAN.—¿En nuestra alcoba?

LEONOR.—(*Bajo*) ¡Claro! En nuestra alcoba...

(*Esteban mira hacia la puerta de la alcoba*)

ESTEBAN.—¿Ahí?

LEONOR.—Ahí.

(*Ella mira también. Los dos, con la mirada fija en la puerta de la alcoba, hablan muy bajo*)

ESTEBAN.—¿Todo está como entonces?

LEONOR.—Todo.

ESTEBAN.—¿Los mismos muebles?

LEONOR.—Los mismos muebles...

ESTEBAN.—¿Y las mismas cortinas azules con flores de lis?

LEONOR.—Son otras. Pero también son azules con flores de lis...

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) Es maravilloso, ¿verdad?

LEONOR.—¡Oh, no! ¿Por qué? Es casi ridículo. Todo se ha quedado tan anticuado, tan cursi...

(*Un silencio*)

ESTEBAN.—(*Suavemente*) ¡Leonor! ¿Me permites? ¿Puedo entrar en esa alcoba? ¿Un segundo nada más?

LEONOR.—(*Un silencio*) ¿Tú?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—¿Ahora?

ESTEBAN.—¿Por qué no?

LEONOR.—(*Roja de rubor*) ¡Jesús! ¡Qué capricho tan absurdo! Pero, en fin, si te empeñas, entra.

ESTEBAN.—¡Gracias! (*Esteban entra en la alcoba. Leonor, sola, permanece un instante inmóvil, viéndole marchar. Luego, de pronto, acometida por un grandísimo sobresalto, escapa y se refugia junto al balcón. Allí se queda esperando. Transcurren unos segundos. Y bajo el dintel de la puerta de la alcoba aparece Esteban. La mira muy emocionado. Y muy bajo*) Leonor...

(*Ella se vuelve y le mira. De pronto, asustadísima*)

LEONOR.—¡Esteban! ¿Qué estás pensando? ¿Qué idea te anda por la cabeza?

ESTEBAN.—(*Confundido*) Mujer...

LEONOR.—(*Fulminante, arrolladora*) ¡Fresco! ¡Depravado! ¡Inmoral!

ESTEBAN.—(*Atónito*) ¿Quién? ¿Yo?

LEONOR.—¡Vete!

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—¡Hala! ¡A la alcoba del pasillo! ¡Aprisa!

ESTEBAN.—Pero, Leonor...

LEONOR.—¡Ah, Dios mío! Los hombres, los hombres...

ESTEBAN.—Bien, bien... (*La mira largamente. Sonríe. Luego, marcha hacia el fondo. Allí bajo la embocadura*) ¡Leonor!

LEONOR.—(*Un silencio*) ¿Qué?

ESTEBAN.—No, nada. Buenas noches, Leonor.

(*Sale Esteban. Leonor, sola, sentada en el sofá, después de un gran silencio, dice muy bajo, con una incontenible emoción, como para sí misma*)

LEONOR.—Buenas noches, amor mío¹⁰...

TELÓN

¹⁰ Cabe recordar que la comedia sigue siendo una historia de amor, aunque en esta segunda parte se vea sometida a las exigencias de la época y las incomprensiones de varios personajes.

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. A la mañana siguiente.

(Durante el entrecuadro, que debe ser brevísimo, vuelve a oírse el mismo tema musical que oímos al principio. Hace una mañana fresca y alegre. Por el balcón entra una luz muy viva. No hay nadie en escena. Y en la entrada del pasillo aparece Pedro Barrera. Tiene unos cincuenta y tantos años. Viste correcto, impecable, atildado, con una casi antigua elegancia. Entra con mucha desenvoltura, cruza la escena y llega hasta el balcón. En este momento aparece Damián por la entrada del pasillo. Pedro se vuelve hacia él sonriente)

PEDRO.—Hace una hermosa mañana, ¿verdad, Damián?

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señor...

PEDRO.—¡Ah! Este otoño de Madrid...

(Damián sonrío y llega hasta la puerta de la izquierda. Llama suavemente con los nudillos)

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—*(Dentro)* ¿Qué hay, Damián?

DAMIÁN.—La señora tiene una visita...

LEONOR.—¿Una visita?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—*(Dentro)* ¿Quién es?

DAMIÁN.—Es don Pedro Barrera... *(Un silencio. Damián se vuelve hacia el recién llegado y sonrío)* ¡Je! Buenos días, señor.

PEDRO.—Buenos días, Damián.

DAMIÁN.—¡Je!

(Muy despacito, Damián cruza la escena y sale por el fondo. Una pausa. Se abre la puerta de la izquierda y surge en escena Leonor. Viste una larga bata)

LEONOR.—¡Pedro! ¡Cariño! ¿Qué ocurre?

(Ella va hacia él y él le toma una mano, cariñosamente)

PEDRO.—Pero, mujer, ¿qué puede ocurrir? Nada. Sencillamente, pura nostalgia de tu compañía y de tu amistad. Figúrate que daba yo mi paseíto como todas las mañanas y al pasar cerca de la plaza de París me dije: ¿por qué no subir y charlar un poquito con Leonor?

LEONOR.—¿De veras?

PEDRO.—Pues claro...

LEONOR.—Eres un encanto, Pedro.

PEDRO.—*(Ríe)* ¡Oh!

LEONOR.—¿Quieres tomar algo?

PEDRO.—¡Hum! ¿Tienes alguna clase de píldoras para el hígado?

LEONOR.—*(Ríe)* ¡No!

PEDRO.—¡Ay! Pues es lo único que se me permite tomar sin limitación...

(Ríen los dos)

LEONOR.—¡Oh! Siéntate.

PEDRO.—Gracias. Anoche cené en el club con unos amigos, amigos tuyos también, por cierto, y estuvimos hablando mucho de ti...

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

PEDRO.—Claro. ¿Y cómo no? Leonor Valdés y Montiel, nuestra Leonor, siempre es un tema muy grato de conversación para todos nosotros, la gente de nuestro mundo. Todos te adoramos, ya lo sabes. Durante años y años, en medio de esta sociedad absurda y disparatada que vivimos, tú, con tu señorío, tu sentido aristocrático de la vida y tu maravillosa e inflexible rigidez moral, has sido nuestro ejemplo, nuestro más bello símbolo...

LEONOR.—*(Riendo)* ¡Oh, Pedro! ¡Por favor!

(Pedro mira en torno y sonrío complacido)

PEDRO.—¡Je! Me gusta tu casa, Leonor. Me gustó siempre, ¿sabes? Desde que éramos niños y mis hermanos y yo correteábamos contigo por estos salones y jugábamos en las tardes de sol entre los árboles de la plaza de París y soñábamos juntos las más estupendas fantasías, allá, los veranos, a la orilla del mar, en el jardín de nuestra villa de Igueldo. ¡Je! ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Dios mío! Si se piensa despacio da un poquito de miedo, ¿no crees? ¡Ay! La vida es tan breve, tan breve. Por entonces, tu padre era ministro de Su Majestad y el mío era subsecretario. En realidad, ha sido algo maravilloso

esta amistad de los Valdés y los Barrera. Una amistad entrañable, sostenida a lo largo del tiempo, de generación en generación, entre dos familias ilustres, bien podemos decirlo con orgullo, que han representado un brillante papel en la historia de España aunque la gente nueva no quiera reconocerlo. Pero, en fin, ya se sabe que esta gente nueva, que nadie sabe de dónde ha salido, no reconoce nada. Es una vergüenza. ¡Ah! ¡Qué país este! ¡Pobre España! ¡Todo está tan revuelto! Pero, ¿qué quieres? Yo soy de los que no han cambiado. Yo, a riesgo de parecer anticuado, cosa que no me importa, sigo pensando como antes, como siempre... (*Un silencio. Él alza la frente y la mira*) Por cierto: itu marido ha vuelto!

LEONOR.—(*Un silencio*) ¡Sí! Esteban ha vuelto...

PEDRO.—¡Hum! Lo sé, lo sé. Tendría que estar ciego y sordo para ignorarlo. Llegó hace unos días a Madrid y desde entonces los periódicos, la radio y la televisión no cesan de hablar del ilustre escritor exiliado que se ha reincorporado a la Patria... (*De pronto en otro tono, como interrumpiéndose a sí mismo*) Oye. ¿Y es verdad lo que dice la gente?

LEONOR.—¿Qué es lo que dice la gente?

PEDRO.—Sencillamente: ique tu marido ha vuelto de América con tres hijas!

LEONOR.—(*Suavemente*) ¡Sí! Es verdad.

PEDRO.—¡Hola!

(*Él se queda atónito. Ella, sonriente, con mucha ternura*)

LEONOR.—Tres muchachas encantadoras, Pedro.

PEDRO.—(*Con cortés indiferencia*) ¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—Te gustarán.

PEDRO.—¿Tú crees?

LEONOR.—(*Felicísima, con mucho entusiasmo*) ¡Oh! Tú no sabes. Son tres criaturas adorables con un inmenso afán de vivir y una infinita necesidad de cariño. Se llaman María, Paloma y Belén...

PEDRO.—(*Preocupadísimo*) ¡Magnífico! Pero, claro, esas chicas son hijas de otra mujer...

LEONOR.—(*Con emoción*) ¿Qué importa?

PEDRO.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

LEONOR.—¡Oh!

PEDRO.—Pero, Leonor, ¿eres tú quien habla así?

LEONOR.—¡Naturalmente!

(*Pedro la mira estupefacto*)

PEDRO.—¡Santo Dios! Pero, entonces, si no he entendido mal, esas tres chicas significan para ti poco menos que un regalo del cielo. ¡Ah! ¿Y por qué? ¡Vaya! Porque son jóvenes y bonitas y alegres y porque se llaman María, Paloma y... ¿cómo has dicho?

LEONOR.—¡Belén!

PEDRO.—¡Eso! ¡Belén! ¡Oh! Es asombroso, asombroso... (*Y de pronto se vuelve hacia ella, casi asustado*) Pero, entonces, ¿es cierto todo lo demás? ¿Es cierto lo que me dijeron anoche, que yo no he podido creer de ningún modo? ¿Es cierto...?

LEONOR.—(*Impaciente*) ¡Pedro! ¿Qué quieres saber? ¡Habla de una vez!

PEDRO.—¿Es cierto que tú has recogido en tu casa a Esteban y a sus hijas?

LEONOR.—¡Sí! Es cierto.

PEDRO.—(*Estupefacto*) ¡Hola! Entonces, ¿están aquí?

LEONOR.—¡Sí! Están aquí.

PEDRO.—¿En esta casa...?

LEONOR.—En esta casa.

PEDRO.—(*Consternado*) ¡Santo Dios! ¡Qué inmoralidad!

LEONOR.—(*En vilo*) ¡¡Pedro!!

PEDRO.—¡Qué escándalo!

LEONOR.—¡¡Cállate!!

PEDRO.—(*Desolado*) ¡Oh, Leonor, Leonor!

LEONOR.—Cállate, ¿quieres? ¡Cállate!

(Ella marcha hacia el fondo. Él se hunde en el sofá. Un silencio. Luego, Pedro habla en otro tono, como para sí mismo)

PEDRO.—¡Vivir para ver! De manera que por esta vez has dejado a un lado tu orgullo, tu intransigencia moral, tu espíritu aristocrático, tus principios y todo lo demás y has acogido en tu casa al hombre que te abandonó y, como la cosa más natural del mundo, vuelve ahora con tres hijas... (*Un silencio. Con un profundo reproche*) Pero, Leonor, ¿por qué has hecho eso? ¿Por qué?

LEONOR.—(*Sonríe*) ¿No lo adivinas?

PEDRO.—¡No!

LEONOR.—(*Suavemente*) Por amor...

PEDRO.—(*Atónito*) ¡Oh! ¡Por amor!

LEONOR.—¡Ea! ¿No te parece esa la más maravillosa de todas las razones? Una razón tan alegre y tan bonita, tan humana y tan divina, Pedro...

PEDRO.—¡Oh! ¡No lo entiendo! ¡No lo entenderé nunca!

(Ella vuelve muy afectuosa)

LEONOR.—Hala, hala. Cálmate, Perico. ¿Quieres un poco de café?

PEDRO.—¡No! ¡No quiero! ¡No quiero nada! ¡Déjame en paz!

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué mal educado estás, hijo!

(Él se vuelve de pronto, abrumado)

PEDRO.—¡Leonor! Pero ¿es posible que todavía estés enamorada de Esteban?

LEONOR.—¿Te extraña? Es mi marido. Mi primero y único amor. Nunca hubo otro hombre en mi vida. Y si le he seguido queriendo con desesperación y con angustia, a lo largo de muchos años de soledad, mientras soñaba con él como se sueña con algo maravilloso que se ha perdido, ¿cómo no voy a quererle ahora, que ha vuelto y está ahí, y le tengo y es mío para siempre, porque ya nadie me lo volverá a quitar? ¡Pedro! Tú no sabes. Cuando le vi ante mí otra vez, más viejo, más humilde, un poco triste, muy cansado, como un peregrino que vuelve después de andar y andar por todos los caminos, me di cuenta de que ahora le quiero más que nunca...

PEDRO.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué?

PEDRO.—*(Anonadado)* Pero ¿tú te das perfecta cuenta de lo que has hecho? ¿Tú sabes lo que significa que Esteban Lafuente y sus hijas vivan aquí, contigo, en esta casa, en la casa de tu padre, en la casa de los Valdés y Montiel?

LEONOR.—Es mi casa. Por eso, ahora, es la de ellos, ¿comprendes?

PEDRO.—¡Leonor! Pero es que, quieras o no, y por mucho que tu romántico amor lo ignore, tu marido, Esteban Lafuente, es un líder intelectual de las izquierdas. Él y sus hijas, ¿me oyes?, él y sus hijas representan todo aquello, todo lo que tu padre y el mío, y tú y yo, todos nosotros, tanto hemos odiado y combatido...

LEONOR.—*(Suave y firme)* ¡No me importa!

(Pedro, irritado, avanza de nuevo hacia ella)

PEDRO.—Pero, Leonor. ¿Estás ciega? ¿Y los demás? ¿No has pensado en los demás?

LEONOR.—*(Atónita)* ¿En los demás? ¿Qué dices?

PEDRO.—¡Naturalmente! ¿O es que has creído que estás sola en el mundo? ¡Oh, no, hijita! Nadie está realmente solo. Nadie es nada por sí mismo. Todos somos, sencillamente, lo que somos y representamos para los demás. ¿Me

entiendes? Tú te debes a una clase, a una raza, a unas gentes, a nosotros, a tus amigos. ¿Y piensas que nosotros vamos a aceptar así, cruzados de brazos, con una sonrisa en los labios, dispuestos a todo, las consecuencias de tus íntimos sentimientos? ¡Oh, no!

LEONOR.—(*Desconcertada*) ¡Pedro! ¡No te entiendo!

PEDRO.—(*Sonriendo*) Pero, mujer...

LEONOR.—¿Qué quieres decir? Todo el mundo ha recibido a Esteban con los brazos abiertos. ¡Todos se alegran de que haya venido!

PEDRO.—¡Oh, no! ¡Todos, no!

LEONOR.—¡Pedro!

PEDRO.—Vamos, vamos. No seas ingenua, Leonor. ¿Quieres saber quiénes son esas gentes que promueven tanta algarabía y tanto júbilo porque ha vuelto Esteban Lafuente? Yo te lo diré. En primer lugar, los esnobs. ¡Ay, hijita! Este país tan viejo, está lleno de esnobs. ¿No lo sabías? Son todos esos que por pedantería o por miedo quieren estar a la última, pase lo que pase. Un poco cómico, ¿no? Después, claro, esos intelectuales que siempre están en la oposición. ¡Figúrate! Luego la gente joven –claro, ¿qué vas a esperar de la gente joven?–; los periodistas que descaradamente hacen política de izquierdas, los nuevos millonarios que juegan a progresistas para hacerse perdonar sus millones recién adquiridos, ¿comprendes? ¡Ah! ¡Los políticos nuevos! Ciertos políticos de última hora que lo están inventando todo como si todo no estuviera ya inventado. Y, naturalmente, algunos aristócratas. Los de siempre. Tú sabes muy bien, Leonor, que en Madrid, dentro de la buena sociedad hay unos cuantos aristócratas que a sí mismos se llaman liberales: son esos que frecuentan las reuniones de los escritores, que asisten a los cócteles de los artistas, que compran cuadros de Picasso y leen versos de los poetas comunistas. Pero nosotros no somos así. ¡Ah, no! Nosotros –y me refiero a tu propio mundo, Leonor, a la gente de tu estilo y de tu raza– nosotros, los auténticos, los que no hemos cambiado, los que no transigimos, permanecemos irreductibles y si todos esos –los nuevos políticos, los intelectuales y los esnobs– nos llaman reaccionarios y anticuados no nos importa nada. Y nosotros, todavía somos fuertes, Leonor.

LEONOR.—Pedro, ¿pero es que me estás amenazando? ¿Tú, Pedro? ¿Tú?

PEDRO.—¡Tómalo como gustes!

LEONOR.—¡Pedro!

(Él se vuelve hacia ella, con arrogancia, casi violento)

PEDRO.—¡Vamos, mujer! ¡Despierta de una vez! Vuelve en ti. ¿Es que te has vuelto loca? Pero ¿es que tú crees que nosotros, todos tus amigos, vamos a recibir en nuestras casas a Esteban Lafuente sencillamente porque tú lo llesves colgado de tu brazo?

LEONOR.—*(Airada)* ¡¡Cállate!!

PEDRO.—¡Ah, no!

LEONOR.—¡Cállate, Pedro!

(Y en este momento, por el fondo surge Esteban. Muy sereno, casi sonriente)

ESTEBAN.—Buenos días, Pedro.

(Pedro se vuelve vivamente, como sacudido por un resorte. Se queda inmóvil, callado, mirando a Esteban. Un gran silencio. Leonor mirando a uno y a otro da un paso. Habla suplicante con el alma en la garganta)

LEONOR.—¡Pedro! ¡Mírale! Este es Esteban Lafuente, tu amigo, tu viejo amigo de la juventud. ¿Te acuerdas, Pedro? ¡Mírale! Ha envejecido. Pero tú también estás más viejo. Y yo. Y todos, todos nosotros. Y, sin embargo, somos los mismos de entonces. ¿Verdad, Pedro? ¿Te acuerdas? Os queráis. Pasabais juntos horas y horas riendo como chiquillos. Tomabais el aperitivo en Bakanik, ibais juntos a los toros y al Royalty y a los tes del Palace. Las chicas se os rifaban. ¿Te acuerdas, Pedro? ¿Te acuerdas de una noche que Esteban y tú me llevasteis a la verbena de San Antonio? ¿Te acuerdas? Fue una noche tan bonita que yo todavía no la he olvidado. Montamos en los caballitos y subimos a la noria y a la montaña rusa. Y bailamos con la música de aquel organillo porque todavía, entonces, estaban de moda los tangos, los chotis y los pasodobles. Mírale, Pedro. Este es Esteban Lafuente. Aquel Esteban. Ha vuelto porque necesita amor. Un poco de amor. ¡Porque nadie puede vivir sin amor! *(Los dos hombres, en silencio, se siguen mirando el uno al otro. Ella, ahora, con toda su súplica, con una inmensa ansiedad, como si pidiera socorro)* ¡Pedro! ¡Por favor! ¡Te lo pido con toda mi alma! ¿Quieres darle la mano a Esteban?

(Pedro calla todavía. Quizá está muy emocionado. Los ojos le brillan a punto de brincar una lágrima. Pero sin dejar de mirar a Esteban, habla muy bajo)

PEDRO.—No.

LEONOR.—¡Oh!

PEDRO.—No puedo...

ESTEBAN.—¿Por qué, Pedro?

(Pedro se vuelve lentamente)

PEDRO.—Es curioso. No es esta la primera vez que coincidimos desde entonces, Esteban. Te vi una noche en París hace tres o cuatro años. Aquella tarde, tú habías dado una conferencia en la Sorbona, con gran éxito, lo reconozco. De madrugada, con unos amigos de la Embajada de España, entré en un café de Saint Germain a tomar una copa. Y allí estabas tú en un rincón, rodeado de tu corte de admiradores. No advertiste mi llegada. Yo, por un segundo, estuve a punto de llamarte y darte la mano. Pero no pude. Entonces, como ahora, se interpuso entre nosotros una sombra. El recuerdo de aquel pobre viejo tan bueno, tan noble y tan generoso que murió asesinado una madrugada de 1937 en una esquina de Madrid... Aquel viejo era mi padre.

ESTEBAN.—¡Pedro!

PEDRO.—Naturalmente no voy a hacerte responsable de su muerte. ¡Oh, no! No soy tan fanático. Pero ¿qué quieres? Tampoco pude evitar que desde entonces, durante todos estos años, tantos años, tú, Esteban Lafuente, hayas sido para mí la personificación de todo lo que odio. ¿Por qué tú, precisamente? ¡Quién sabe! Quizá porque tú eres mi amigo, mi mejor amigo...

ESTEBAN.—¡Pedro!

PEDRO.—¿Qué?

ESTEBAN.—Piensa que aquella guerra acabó hace muchos años...

PEDRO.—*(Sonríe, con tristeza)* Te equivocas. Aquella guerra no terminará mientras vivamos tú y yo...

LEONOR.—*(Apasionadamente)* ¡Pedro! ¡Por Dios! Deja en paz a los muertos. Yo estoy segura de que ellos ya nos han perdonado a todos...

PEDRO.—¿Tú crees?

LEONOR.—¡Pedro! Piensa en nosotros, en los que queremos vivir...

(Y en este instante, por el fondo, surgen vivamente Marita, Paloma y Belén, seguidas de Damián, que se queda allá, en el fondo, bajo la embocadura)

LAS TRES.—¡Papá!

BELÉN.—¡Leonor!

MARITA.—¡Oh! Perdón.

(Las tres se han quedado en el centro del salón sorprendidas por la presencia de Pedro. Este también las mira. Un silencio)

LEONOR.—Míralas, Pedro. Estas son las hijas de Esteban. ¿Qué te parecen? ¡Qué jóvenes! ¡Qué bonitas son! ¿No crees? ¡Míralas, Pedro, míralas! Esta es María, la mayor. Esta es Paloma. Esta es Belén. ¡Niñas! ¿No sabéis? Este señor es Pedro Barrera. Un viejo amigo de papá...

(Las tres chicas reaccionan muy contentas; van hacia Pedro y le rodean)

MARITA.—¿De veras? ¿Tú eres amigo de papá?

PALOMA.—¡Qué alegría! ¡Me encanta conocerte!

BELÉN.—Hola, chico. ¿Cómo estás?

(Un silencio largo. Esteban y Leonor permanecen inmóviles, expectantes. Pedro contempla a las tres muchachas, atentamente, de una en una. Y después, frío, glacial, con una cortés indiferencia)

PEDRO.—Buenos días, señoritas. Disculpenme.

(Se va aprisa por el pasillo. Las chicas se quedan estupefactas. Leonor salta indignadísima)

TODOS.—¡Oh!

LEONOR.—¡Maleducado!

LAS MUCHACHAS.—*(Atónitas)* ¡Papá!

(Esteban, abrumado, se deja caer en un sillón)

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—¡Maleducado! ¡Maleducado! Eso es lo que es: ¡un maleducado! ¡Vamos! ¡Portarse así con tres señoritas! ¡Ah! No se lo perdonaré nunca, nunca...

MARITA.—Pero ¿qué le ocurre a este señor?

PALOMA.—¿Por qué se enfada?

BELÉN.—¿Qué le hemos hecho nosotras?

(Leonor, cada vez más irritada, se va de un lado a otro hablando para sí misma)

LEONOR.—¡Oh! ¡Y esto es un caballero español...!

MARITA.—¡Papá!

ESTEBAN.—¿Qué, hija?

MARITA.—¿Es que tu amigo no nos quiere?

ESTEBAN.—No, Marita, ino nos quiere!

(Las tres chicas, como ante algo insólito, desoladas)

MARITA.—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

PALOMA.—Yo, tampoco.

BELÉN.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papaíto!

ESTEBAN.—¡Je! Me parece que nos hemos equivocado, hijas. Quizá no debimos volver a España. Quizá nuestro destino estaba allá, en América. ¡Para siempre!

(Leonor se revuelve airada)

LEONOR.—¿Qué estás diciendo?

ESTEBAN.—La verdad, Leonor. Voy a decirte algo que todavía ignoras. Esta mañana he recibido un anónimo.

LEONOR.—¿Un anónimo?

ESTEBAN.—¡Sí! Y puedes estar segura de que no estaba escrito por ninguno de tus amigos. De esos amigos fieles a Pedro Barrera. ¡Oh, no! Era de uno de mis viejos camaradas. Estoy seguro, ¿comprendes? Y en ese papel se me insultaba de la manera más torpe y más estúpida¹¹...

LEONOR.—¿A ti?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—Pero ¿por qué?

ESTEBAN.—Sencillamente, porque he vuelto a España...

LEONOR.—¡Oh!

ESTEBAN.—Sí, Leonor. Es el odio, todavía, el viejo y maldito odio...

¹¹ Ruiz Iriarte se apresta a resaltar que la intransigencia era patrimonio común de ambos bandos.

LEONOR.—¡Dios mío! Pero ¿por qué? ¿Por qué todo es así? ¿Por qué no comprendemos todos que la vida es muy corta y muy bonita y empieza todas las mañanas?

(Se deja caer en el sofá. Un silencio)

ESTEBAN.—Leonor...

LEONOR.—¿Qué?

ESTEBAN.—*(Con una profunda melancolía)* No nos quieren...

LEONOR.—No importa.

(Otro silencio)

ESTEBAN.—Pedro Barrera es un mal enemigo...

LEONOR.—¡Sí!

ESTEBAN.—Es fuerte. Es poderoso.

LEONOR.—Ya lo sé.

ESTEBAN.—Él y sus amigos te harán la vida imposible...

LEONOR.—No importa.

ESTEBAN.—Te aislarán...

LEONOR.—No importa.

ESTEBAN.—Piensa que quizá llegue un día en el que te sientas desgraciada si te falta su apoyo, su aliento y su cariño...

LEONOR.—*(Casi un sollozo)* ¡No importa! ¡No importa! ¡No importa!

ESTEBAN.—Pero, Leonor...

LEONOR.—*(Furiosa)* ¡Cállate ya! ¿Quieres?

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¡No importa! ¡Te digo que no importa! ¿Me oyes? No importa. Nosotros somos más fuertes porque nos queremos. Y nos defenderemos. ¡Ah! ¡No me conocen a mí! ¡A mí! ¡A Leonor Valdés y Montiel! *(Y de pronto, con una irremediable resolución)* ¡Niñas!!

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—Acabo de tomar una determinación.

ESTEBAN.—¡Hola! ¿Y qué determinación es esa?

LEONOR.—¡Nos vamos!

TODOS.—*(Estupefactos)* ¿Cómo?

(Un revuelo. Hablan todos casi a un tiempo)

MARITA.—¿Que nos vamos?

PALOMA.—¡Leonor!

BELÉN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

LEONOR.—¡Sí! Nos vamos, nos vamos.

MARITA.—Pero ¿ahora?

LEONOR.—¡Enseguida!

ESTEBAN.—¿Adónde?

LEONOR.—¡A León! ¡A la finca! ¡Lejos de aquí...!

TODOS.—¡Oh!

LEONOR.—¡Damián! ¡El coche! ¡Que esté listo dentro de media hora!

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—¡Ah! Y prepara tu maletita.

DAMIÁN.—(Atónito) ¡Anda! ¿Yo también?

LEONOR.—¡Naturalmente! Me gustaría saber quién va a cuidar de tu hígado, de tu reuma, de tu tensión y de todo lo demás si te quedas solo...

DAMIÁN.—Pero, señora...

LEONOR.—(Indignadísima) ¡Damián! ¡No seas rebelde!

DAMIÁN.—No, señora.

(Damián sale por el pasillo. Todos miran a Leonor)

ESTEBAN.—Di la verdad, Leonor. ¿Esto es una huida?

(Leonor se vuelve bruscamente)

LEONOR.—¿Y qué si lo fuera?

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¿Es que no tenemos derecho a huir? ¿Es que no tenemos derecho a huir de mis amigos y de los tuyos, de todas esas gentes que no nos quieren, que no nos comprenden? ¿Es que no tenemos derecho a salvarnos de su odio y de su rencor, nosotros, que nos queremos y nos necesitamos? Después de todo, ¿qué falta nos hacen los demás? Nos bastamos a nosotros mismos. Podemos vivir maravillosamente aislados y felices... (Un silencio. Una transición) ¡María! ¡Paloma! ¡Belén! Desde hace más de cien años los Valdés y Montiel tenemos una hermosa casa en el campo. Está allá, rodeada de árboles, a pocos kilómetros de León, en medio de un valle verde. La casa es muy vieja. Y los árboles. Y la iglesia del pueblecito de al lado. Y el puente sobre el río. Hasta el aire que se respira entre los pinos trae el olor de los años y de los

recuerdos. ¡Ea! Pues allí, en aquella casa vieja y maravillosa, vamos a vivir todos nosotros desde hoy. ¡Todos! Vosotras, papá, Damián y yo...

(Las tres chicas están mirando a Leonor. Y de pronto Marita salta animadamente)

MARITA.—¡Papá! ¡Tiene razón Leonor! ¡Vámonos!

LEONOR.—¡Hijitas! Entonces, ¿estáis de acuerdo?

(Las tres muchachas corren y rodean a Leonor estrepitosamente)

LAS TRES MUCHACHAS.—¡Sí!

PALOMA.—¡Nos vamos!

BELÉN.—¡Hala! Pero aprisa, aprisa...

MARITA.—¡En marcha!

LEONOR.—*(Muy contenta)* ¡Bravo!

BELÉN.—¡Hala! ¡A León!

PALOMA.—¡Andando!

MARITA.—Vamos, papá. ¡Aprisa! Muévete. ¡Haz algo!

ESTEBAN.—¡Hum!

(Un revuelo. Y en este instante se oye dentro la voz de Perico que llama alegremente)

PERICO.—*(Dentro)* ¿Dónde está? ¿Dónde está?

(Todos los personajes que están en escena se vuelven vivamente, casi asustados, hacia la entrada del pasillo)

TODOS.—¿Eh?

(Y en la entrada del pasillo aparece Perico. Es un muchacho de unos veintidós años. Jovial, alegre, simpático y, en esta ocasión, radiante. Ve a Esteban y se lanza hacia él como una flecha, emocionadísimo)

PERICO.—¡Oh! ¡Ahí está! ¡Es él! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro!

ESTEBAN.—*(Estupefacto)* ¡Muchacho!

PERICO.—¡Maestro! ¡Usted! ¡Esteban Lafuente! ¡El genio! ¡El maestro! ¡El mejor!
 ¡Por fin! ¡Hum! ¡Este es el día más feliz de mi vida! ¿Me da usted un abrazo?
 ESTEBAN.—(Anonadado) Hombre...

(Perico se abalanza sobre Esteban, le abraza con un vigor increíble y le golpea entusiasmadísimo las espaldas)

PERICO.—¡Fuerte! ¡Fuerte! ¡Más fuerte! ¡Apriete!
 ESTEBAN.—¡Hum!

(Leonor está sorprendidísima)

LEONOR.—¡Jesús!

(Marita, Paloma y Belén se miran atónitas)

MARITA.—¡Ay!
 BELÉN.—¿Quién es este loco?

(Perico se vuelve vivamente hacia Leonor)

PERICO.—¡Leonor! ¡Guapa! ¡Preciosa! ¿Cómo estás?
 LEONOR.—¡Ay!

(Y ni corto ni perezoso se lanza sobre Leonor y le cubre las mejillas de besos)

PERICO.—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! Lo que te quiero...
 LEONOR.—(Agobiadísima) ¡¡Socorro!!
 PERICO.—¡Je!

(Perico, de pronto, con muchísimo desparpajo, se vuelve hacia Belén)

BELÉN.—¡Huy! ¡Qué chico! Pero qué chico...
 PERICO.—Bueno. Ahora me presentaré. ¡Yo soy Perico Barrera!
 TODOS.—(Suspensos) ¿Cómo?
 ESTEBAN.—¿Perico Barrera?
 PERICO.—(Muy contento) ¡Sí! Ese...

TODOS.—¡¡No!!

PERICO.—¡Que sí! ¡Que sí!

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Sí, Esteban! Este torbellino es Perico Barrera. ¡El hijo de Pedro Barrera!¹²

(*Perico de nuevo marcha entusiasmadísimo hacia Esteban*)

PERICO.—¡Oh, maestro, maestro! Usted no sabe lo que significa este momento para mí. ¡Dios mío! Yo, en presencia de Esteban Lafuente. ¡Qué bárbaro! ¿Usted sabe que a los catorce años, en el internado, leí su primer libro y desde entonces es usted mi ídolo?

ESTEBAN.—¿De veras, hijo?

PERICO.—Era un libro de versos. Eran los *Poemas del mar y la montaña*. Me los sé todos de memoria. (*Impetuoso*) ¿Quiere que le recite tres o cuatro?

ESTEBAN.—¡No!

PERICO.—¡Oiga! ¡Que me los sé!

ESTEBAN.—No importa, no importa...

PERICO.—Tengo en mi cuarto todas sus obras, ¿sabe? He leído cada uno de sus libros tres o cuatro veces. Todos me entusiasman. Pero, sobre todo, el ensayo sobre la cultura. ¡Ah, maestro! En esas páginas ha descubierto usted toda la problemática de nuestro tiempo en su verdadero contexto intelectual¹³...

LEONOR.—¿Qué ha dicho?

PERICO.—Por eso, ¿sabe?, por todo eso, desde que leí en los periódicos que había vuelto usted a España, que estaba usted aquí, con nosotros, estoy que pego saltos. Ayer estuve aplaudiéndole en el Ateneo. ¿Se acuerda usted de uno del anfiteatro que gritó: «Viva la libertad»? Pues ese era yo...

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué imprudencia!

PERICO.—Total, que esta mañana, cuando desperté, me dije: de hoy no pasa. Tengo que ver al maestro. ¿Dónde estará? Pues, ¿dónde va a estar? En la plaza de París. En casa de su mujer.

(*Esteban mira al muchacho con ternura*)

ESTEBAN.—¡Perico! Conque tú eres hijo de Pedro Barrera...

¹² Leonor subraya el contraste entre el padre y el hijo con el correspondiente simbolismo del pasado y el futuro.

¹³ Se evita concretar la línea intelectual de Esteban Lafuente: todas las alusiones a su obra intelectual son vaguedades.

PERICO.—(*Repentinamente grave*) ¡Calle! No me nombre usted a papá, que me tiene muy preocupado.

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

PERICO.—¡Hum! Está fatal. No sé qué voy a hacer con él.

ESTEBAN.—¡Hola! ¿Pues qué le pasa?

PERICO.—(*Indignado*) ¿Qué quiere usted que le pase? ¡Que no ha evolucionado! ¡Que es un inmovilista! ¡Vamos! ¡Que todavía es de derechas! ¡Ea!

ESTEBAN.—Hombre, hombre...

PERICO.—Mire, ahora llevamos ya quince días sin hablarnos. ¿Y sabe por qué? Pues, en total, por nada. Porque en una revista literaria que editamos mis amigos y yo, yo he publicado un artículo de adhesión al Concilio Vaticano...

ESTEBAN.—(*Asombradísimo*) ¡Demonio! Pero ¿es que a tu padre no le gusta el Concilio?

PERICO.—¡Qué va! ¡No le gusta! Y claro, se comprende. Como es tan católico, tan católico...

ESTEBAN.—¡Oh!

(*Perico, en una transición, se vuelve muy satisfecho a Esteban*)

PERICO.—Porque yo también escribo, ¿sabe?

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

PERICO.—(*Ilusionadísimo*) ¡Uf! ¡Que si escribo! ¡Todos los días!

ESTEBAN.—¡Soberbio! ¿Y qué escribes, Perico?

PERICO.—De todo. Hago versos, ¿sabe? Poesía social. Y artículos de polémica.

ESTEBAN.—¿También?

PERICO.—¡Digo! Me tienen un miedo los del Opus Dei...

ESTEBAN.—¡Hola!

PERICO.—¡Uf! Los tengo fritos...

ESTEBAN.—¡Vaya!

PERICO.—Pero, sobre todo, escribo teatro, ¿sabe? Mucho teatro. Bueno. Ya sabe usted que en España el teatro está fatal... Y hay que hacer algo.

ESTEBAN.—¡Caramba! ¿Y qué clase de teatro escribes tú, Perico?

PERICO.—Pues el teatro que está haciendo falta. Un teatro de crítica, con contenido social. Un teatro de protesta. (*De pronto, con un insólito entusiasmo*) ¡Oiga! ¿Le gusta a usted Bertolt Brecht? ¿Y Harold Pinter? ¿Y Samuel Beckett? ¿Y Peter Weiss? ¿Y Max Frisch?¹⁴

14 Los dramaturgos citados representan el teatro propugnado por los sectores izquierdistas de la época.

ESTEBAN.—¡Hombre! Me gustan a veces.

PERICO.—(*Muy amoscado*) ¡No me diga!

ESTEBAN.—Pues, naturalmente...

PERICO.—(*Radical*) ¡Oiga! ¿Usted es de derechas?

ESTEBAN.—¿Quién? ¿Yo? (*Se miran. Y de pronto se echan a reír los dos. Luego Esteban se queda mirando al muchacho sonriendo*) ¡Perico! ¿Sabes que tu presencia me está recordando muchas cosas olvidadas? Entre otras, un muchacho tan joven como tú que hace ya muchos años andaba por Madrid escribiendo versos y artículos y gritando y protestando de todo...

PERICO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y quién era ese?

ESTEBAN.—Era yo...

PERICO.—¡Maestro!

ESTEBAN.—¡Dios mío! Y eres tú, precisamente tú, el hijo de Pedro Barrera, quien me recuerda aquel que fui yo. ¡Qué fantástica es la vida!

PERICO.—Pero es bonita, ¿verdad?

ESTEBAN.—Sí, hijo. La vida es muy bonita.

(Perico, de pronto, repara en Marita, Paloma y Belén, que muy juntitas no han dejado de mirarle)

PERICO.—¡Oiga! ¿Y estas chicas?

ESTEBAN.—Son mis hijas.

PERICO.—¿Las tres?

ESTEBAN.—Las tres...

PERICO.—¡Qué tío!

ESTEBAN.—¡Hombre!

(Perico se encara con las chicas, muy desenvuelto)

PERICO.—Hola, pimpollos.

BELÉN.—Hola, Perico.

PERICO.—¿Cómo te llamas tú?

BELÉN.—¡Belén!

PERICO.—¿Y tú?

PALOMA.—¡Paloma!

PERICO.—¿Y tú?

MARITA.—María.

(Perico se queda mirando a la muchacha sonriente)

PERICO.—¡María!

MARITA.—Sí.

PERICO.—Es bonito...

MARITA.—*(Con un repentino e irreprimible rubor)* Gracias.

(Nuevamente Perico se vuelve hacia Esteban con ímpetus renovados)

PERICO.—¡Maestro! ¿Sabe usted por qué he venido? Porque mis amigos y yo queremos dedicarle a usted el próximo número de la revista. Será un homenaje, ¿sabe?, nuestro homenaje...

ESTEBAN.—Gracias.

PERICO.—¡Oiga! ¿Nos escribirá usted un artículo?

ESTEBAN.—¡Naturalmente!

PERICO.—¡Bravo!

ESTEBAN.—¡Je!

PERICO.—¡Oiga! Además, me gustaría que me dedicara usted uno de sus libros. El primero que leí, si es posible: los *Poemas del mar y la montaña*...

ESTEBAN.—Bueno. Ven conmigo. Quizá encontremos un ejemplar en el fondo de alguna maleta.

PERICO.—¡Soberbio! *(Esteban marcha hacia el fondo y sale. Perico le sigue. Pero antes de salir se detiene ante Marita y la mira)* Oye, ¿cómo has dicho que te llamas tú?

MARITA.—¡María!

PERICO.—¡Hala! Conque María...

MARITA.—Sí.

PERICO.—Pues estás estupenda...

MARITA.—¡Oh!

(Y se va decididamente por el fondo. Paloma y Belén se miran casi extasiadas)

BELÉN.—¡Huy! ¡Qué chico! Pero qué chico...

PALOMA.—A mí me gusta.

BELÉN.—¡Toma! Y a mí también.

(Y se van las dos muy resueltas por el fondo. Quedan en escena Leonor y Marita)

MARITA.—¡Ay, Leonor! Este muchacho es terrible...

LEONOR.—(Ríe) ¡Oh!

MARITA.—Es arrollador. ¡No hay quien le pare!

LEONOR.—¡Sí! (Se calla. Piensa algo y el rostro se le ilumina) ¡Dios mío! ¡Perico Barrera! ¡Aquella criatura! ¿Quién lo iba a pensar? Y tan distinto a su padre. (Marcha hacia la puerta de su alcoba. Allí se detiene) ¡Pobre Perico! Es un milagro que este chico sea así, tan vivo y tan alegre. Nunca ha sido feliz. Era muy niño todavía cuando murió su madre y lo llevaron a un internado del norte. Después estuvo unos años en un colegio de Inglaterra, creo. Y ahora, desde hace algún tiempo, vive con su padre en la vieja casa del barrio de Salamanca... (De pronto, piensa algo y se vuelve hacia Marita con el rostro radiante. La mira largamente, como si la viera por primera vez) Oye, María.

MARITA.—¿Qué?

(Leonor sigue mirando a la muchacha. Y de pronto, en una transición, casi ruborizada)

LEONOR.—No, nada. ¡Jesús! Pero qué cosas se le ocurren a una...

(Y entra en la alcoba, casi huyendo. Marita queda sola, inmóvil. Y por el fondo surge Perico. Lleva un librito entre las manos)

PERICO.—¡Je! Es una bonita dedicatoria. (Avanza unos pasos. Alza la frente y descubre a la muchacha. Muy resuelto, se sienta en el sofá junto a Marita) Oye.

MARITA.—¿Qué?

PERICO.—Estoy muy preocupado...

MARITA.—¡Ah! ¿Sí?

PERICO.—¡Sí!

MARITA.—¿Y por qué estás preocupado, Perico?

PERICO.—¿Tú crees que le habré producido una buena impresión a tu padre? A lo mejor me toma por un atolondrado. Y no, qué va. Yo no soy así. Lo que pasa es que me he puesto nervioso. Por él, ¿sabes? ¡Que me impresiona mucho!

MARITA.—¡Claro!

(Perico mira a la muchacha y sonrío)

PERICO.—¡Je! Pero ahora ya estoy más tranquilo...

MARITA.—¡Vaya! Así es mejor.

(Un silencio. Él la mira y sonrío otra vez. Suavemente)

PERICO.—¡Guapa!

MARITA.—(Con rubor) ¿Quién? ¿Yo?

PERICO.—¡A ver!

MARITA.—¡Oh, no! ¡Pobre de mí! Hay muchas chicas como yo...

PERICO.—(Segurísimo) ¡Quia! Muchas, no, muchas no...

MARITA.—Bueno, si te empeñas...

PERICO.—Oye. ¿Te gustan esos de las melenas?

MARITA.—(Ríe) ¡No!

PERICO.—Están feos, ¿verdad?

MARITA.—¡Feísimos!

PERICO.—Además son burgueses.

MARITA.—¿Tú crees?

PERICO.—¡Seguro! (De pronto, Perico, muy embalado) Oye.

MARITA.—¿Qué?

PERICO.—¿Me dejas que te haga un test?

MARITA.—¿Un test? ¿Por qué?

PERICO.—Es divertido. Verás. Primera pregunta: ¿hablas inglés?

MARITA.—¡Naturalmente! Como todo el mundo...

PERICO.—¿Y francés?

MARITA.—¡También! Y casi, casi el italiano. Y un poquito de alemán.

PERICO.—(Protestando) ¡Hala! ¡Hala! ¡Empollona!

MARITA.—(Ríe) ¡Oh!

PERICO.—¡Chica! ¡Qué manera de avasallar! (Ríen los dos. Luego él se la queda mirando largamente) ¡María!

MARITA.—¿Qué, Perico?

PERICO.—¿Te gusta el mundo como está?

(Ella le mira. Mueve la cabeza. Sonríe)

MARITA.—No... Es injusto.

PERICO.—¡Claro! Eso pienso yo. Y por eso protesto, ¿sabes? ¡Me paso la vida protestando!

MARITA.—Haces bien.

PERICO.—Protesto de todo. De los americanos, de los rusos, de la ONU, de la guerra del Vietnam, del capitalismo y de De Gaulle. ¡Hum! ¡Qué tíos!

MARITA.—(Ríe) ¡Oh!

PERICO.—¡Je! (Un pequeño silencio. Él se vuelve hacia ella de pronto) ¡María!

MARITA.—¿Qué?

PERICO.—¿Te has enamorado alguna vez?

MARITA.—¡No!

PERICO.—¡Qué raro!

MARITA.—¿Y tú?

PERICO.—Tampoco.

MARITA.—Pues ya ves, eso sí que es chocante. Porque los hombres...

(Y, de pronto, Perico se yergue con una impresionante presunción varonil)

PERICO.—¡Ah! Pero te advierto que no me faltan planes...

MARITA.—¿De veras?

PERICO.—(Casi hastiado) ¡Uf! Si yo te contara...

MARITA.—¡Qué suerte!

PERICO.—(Segurísimo) Ligo mucho...

MARITA.—¡Vaya!

PERICO.—Ligo una barbaridad, chica. Por el seiscientos, ¿sabes? Las mujeres cuando le ven a uno llegar con el seiscientos se vuelven locas...

MARITA.—¡Claro! Ya me figuro...

PERICO.—¿Y tú qué? Porque me figuro que en América tendrías los muchachos así...

MARITA.—¡Hombre! Como todas las chicas.

(Se miran y sonrían)

PERICO.—¡María!

MARITA.—¿Qué?

PERICO.—¿Qué esperas tú de la vida?

MARITA.—¿Yo? (Se calla. Piensa y sonrío. Muy bajo) Un hombre.

PERICO.—¡Ah! (Se calla. Piensa también) Es una respuesta maravillosa...

MARITA.—(Sonrío) ¡Oh, no! Es una respuesta muy poco original. Todas las chicas esperamos lo mismo. (Un silencio. Ella se vuelve, le mira y sonrío) ¿Y tú, Perico? ¿Qué esperas tú de la vida?

PERICO.—Una mujer.

MARITA.—¡Vaya! Pues tampoco tú te has lucido mucho...

PERICO.—(Muy animado) Oye. Y por curiosidad: ¿cómo tiene que ser ese hombre?

MARITA.—¡Oh! No sé. Joven, alegre, bueno...

PERICO.—Ya. Un mirlo.

MARITA.—(*Muy interesada*) ¿Y ella? ¿Y tu chica? ¿Cómo ha de ser?

PERICO.—¡Hum! ¡Mi chica! Joven, bonita, estupenda. ¡La mejor! ¡Ah! ¡Y que proteste! Sobre todo que proteste. ¡Que proteste mucho!

MARITA.—¡Naturalmente! Como debe ser...

(*Transición*)

PERICO.—¡María!

MARITA.—¿Qué?

PERICO.—¿Sabes que estoy deseando darte un beso?

MARITA.—¡Perico!!

PERICO.—¡Je!

(*Se abre la puerta de la alcoba y aparece Leonor*)

LEONOR.—¡Perico! Pero ¿todavía estás ahí?

(*Perico pega un respingo como despertando*)

PERICO.—¡Porras!

MARITA.—¡Ay!

PERICO.—¡Hum! Charla que te charla se me fue el santo al cielo. ¡Y tengo muchísimas cosas que hacer! Tengo que escribir un artículo en contra de la política agraria del Gobierno, otro en contra del Plan de Desarrollo, otro en contra de la Ley de Prensa¹⁵...

LEONOR.—¡Ay! Este chico acaba en la cárcel...

PERICO.—Pero volveré... (*Y de pronto se vuelve hacia Leonor afanosamente*) ¿No te importa que vuelva, Leonor? De vez en cuando. Una vez a la semana. Cada dos o tres días. A lo mejor mañana. ¿Eh? ¡O esta tarde! ¿Qué te parece? (*Y decididamente se abalanza sobre Leonor y la besa en ambas mejillas, muy fogoso*) ¡Gracias! ¡Huy! ¡Huy! Lo que te quiero...

LEONOR.—¡Perico!

(*Perico corre hacia la entrada del pasillo. Allí se vuelve bruscamente hacia Marita. Una mirada muy larga. Ilusionadísimo*)

15 Ley de Prensa e Imprenta (1966). Su promulgación supuso un tímido aperturismo coherente con la política de Manuel Fraga Iribarne tras su llegada al Ministerio de Información y Turismo.

PERICO.—¡María!

MARITA.—¿Qué, Perico?

PERICO.—¡Guapa!

MARITA.—¡Ay! ¡Perico!

PERICO.—Espérame. No te muevas. Dentro de una hora estoy aquí.

(Y sale muy aprisa. Leonor se vuelve hacia Marita, vivamente)

MARITA.—*(Nerviosísima)* ¡Ay, Leonor! ¡Ay, este chico!

LEONOR.—¡María!

MARITA.—¡Ay!

(Leonor va de pronto hacia la muchacha)

LEONOR.—¡María! Ven aquí. ¡Mírame!

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Qué te pasa?

MARITA.—¡Dios mío! ¡Pero si no lo sé! ¡Si no sé lo que me pasa...!

LEONOR.—*(Muy contenta)* ¡Jesús! Entonces, si no sabes lo que te pasa, está clarísimo...

(Y en este momento, por el fondo, aparecen Paloma y Belén con sus pequeñas maletitas dispuestas para marchar. Al mismo tiempo, por el pasillo, entra Damián. Se ha puesto un abrigo, se ha liado al cuello una gruesa bufanda y lleva en la mano un viejo sombrero y un maletín)

PALOMA.—*(Alegremente)* ¡Ea! ¡Ya estamos listas!

DAMIÁN.—¡Je! El coche espera. ¡A las órdenes de la señora!

(Y ahora surge Esteban por el fondo. Trae una gran cartera y el abrigo al brazo)

ESTEBAN.—¡Hala! Ya estoy dispuesto. ¿Nos vamos?

(Leonor contempla a los recién aparecidos con verdadero estupor)

LEONOR.—¿Cómo? ¿Que nos vamos?

ESTEBAN.—¡Claro!

LEONOR.—¿Adónde?

ESTEBAN.—¡Toma! ¡A la finca de León!

LEONOR.—(*Extrañadísima*) ¡Anda! ¿Y qué vamos a hacer nosotros, ahora, en la finca de León?

TODOS.—(*Atónitos*) ¿Cómo?

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! ¡Vamos, hombre! ¡La finca de León! Una casa que se cae de vieja, llena de goteras y sin calefacción. ¡Ah, no! De ningún modo. ¡No lo permitiré!

BELÉN.—(*Estupefacta*) Pero Leonor...

LEONOR.—Nada, nada. ¡Nos quedamos!

PALOMA.—¡Leonor!

LEONOR.—Nada. He dicho que nos quedamos. ¡Dios mío! Pero si Madrid está tan bonito en otoño. ¡Digo! Y este Madrid que es una bendición lleno de gente, de autobuses, de ruidos, de cines, de coches y de galerías...

BELÉN.—¡Leonor!

MARITA.—(*Muy enérgica*) ¡Niñas! Esconded esas maletitas. ¡Que yo no las vea más!

BELÉN.—¡Ay, sí! Vamos, vamos.

PALOMA.—¡Vamos!

(*Paloma y Belén salen corriendo por el fondo*)

LEONOR.—¡Damián!

DAMIÁN.—(*Estupefacto*) ¡Señora!

LEONOR.—¡Quítate esa bufanda! ¡Que estás hecho un adefesio!

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señora.

(*Sale muy apresurado por el pasillo*)

LEONOR.—(*Casi enternecida*) ¡Pobrecito Damián! ¡A sus años y todavía piensa en viajar! ¡Todavía tiene espíritu aventurero!

(*Esteban todavía está en el fondo, con su cartera y su abrigo al brazo. Un poco impaciente*)

ESTEBAN.—¡Leonor! ¡No entiendo nada!

LEONOR.—¡Claro! Porque eres un intelectual...

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—Y ya se sabe. Los intelectuales nunca se enteran.

ESTEBAN.—¡Leonor! ¿Qué ha pasado aquí?

(Leonor de pronto, se vuelve radiante hacia Esteban)

LEONOR.—¿Que qué ha pasado? ¡Que hace una hermosa mañana! ¡Que la vida es una pura y permanente sorpresa! ¡Que todos los días brota el amor donde menos se espera! ¡Y que yo estoy muy contenta! Todo eso ha pasado. ¡Hala! ¿Te parece poco?

ESTEBAN.—¡Oh! No has cambiado. Eres la misma de siempre.

(Y se va con sus bártulos, muy enfadado, por el fondo. Leonor y Marita rompen a reír)

LAS DOS.—¡Oh!

(Marita, muy emocionada, corre y se refugia entre los brazos de Leonor)

MARITA.—¡Oh, Leonor, Leonor! Eres maravillosa. No hay otra mujer como tú.

LEONOR.—¡María! ¡Pequeña! ¡Ah! ¡Pedro Barrera! ¡Ahora sí que nos vamos a ver las caras tú y yo!

MARITA.—*(Con ansiedad)* ¡Leonor! ¿Tú crees que Perico volverá dentro de una hora?

(Y en este justo instante, como una tromba, surge Perico por el pasillo)

PERICO.—¡Hala! ¡Ya estoy aquí!

LAS DOS.—*(Riendo)* ¡No!

MARITA.—¡Perico!

LEONOR.—¡Criatura!

PERICO.—¡Leonor! Tengo una idea: ¿por qué no me invitas a almorzar?

(Ríen los tres)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado. Mediodía.

(Cuando se levanta el telón, Damián, solo en escena, se ocupa en ordenar unos objetos, después de la limpieza. Unos segundos más tarde, por el fondo, aparece Leonor)

LEONOR.—¡Damián! ¿Ha llamado por teléfono el señorito Perico?

DAMIÁN.—Todavía no, señora. Pero ya no tardará. ¡Je! Es muy puntual el señorito Perico. Desde hace quince días llama todas las mañanas a las doce en punto.

LEONOR.—*(Tiernamente)* ¡Pobrecito! Es emocionante, ¿verdad?

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señora.

LEONOR.—¡Dios mío! El amor, siempre el amor... *(Va hasta el balcón y mira un instante hacia la calle. Luego vuelve hacia el criado, sonriente)* ¡Damián! Lo tengo todo previsto, ¿sabes? La boda será en las Salesas.¹⁶

DAMIÁN.—¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—¡Naturalmente!

DAMIÁN.—Pero ¿la señora está segura de que habrá boda?

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué pregunta! ¡No puede fallar!

DAMIÁN.—¡Hum!

LEONOR.—*(Transición)* La cena en el Ritz. Poca cosa, ¿sabes? Algo ligerito. Salmón, caviar y pato. Naturalmente, con champán francés...

DAMIÁN.—¡Qué bien!

LEONOR.—*(De pronto, en una nueva transición, muy preocupada)* Pero, antes, tenemos que hacer muchísimas cosas, Damián. En primer lugar, hay que comprar un piso...

DAMIÁN.—¿Un piso?

LEONOR.—¡Hombre! No pretenderás que María y Perico vivan a la intemperie.

DAMIÁN.—¡Oh, no! A la intemperie, no.

¹⁶ Convento de la Visitación de Nuestra Señora, también llamado Convento de las Salesas: conjunto arquitectónico formado por un convento y una iglesia, junto a la plaza de París.

LEONOR.—Por cierto, tengo una duda. A ver qué opinas tú, Damián. ¿Qué te parece mejor? ¿Un piso, un verdadero piso, con todas las comodidades, o uno de estos pequeños apartamentos chiquitines, monísimos, con su terracita llena de plantas y todo lo demás?

DAMIÁN.—¡Je! Pues, ¿qué quiere que le diga a la señora? Yo me inclino por el apartamento.

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—(*Casi indignada*) ¡Claro! Porque los hombres discurrís muy poquito...

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—¡Vamos! El apartamento, el apartamento. Y luego, ¿qué? ¿Qué pasa luego? Porque, claro, de pronto, vienen los niños...

DAMIÁN.—¿Ya?

LEONOR.—¡Ah! ¡Y qué niños! Preciosos, gordos, fantásticos. Ya los estoy viendo... (*De pronto, en otro tono*) ¿Te das cuenta, Damián? Esos niños serán los nietos de Pedro Barrera y de Esteban Lafuente. Naturalmente, ellos aún no saben nada. Pero ¿qué más da? Después de todo, los hombres...

DAMIÁN.—¡Je!

(Damián, en silencio, la mira conmovido. Ella reacciona como sorprendida «in fraganti», casi con rubor)

LEONOR.—¿Qué ocurre, Damián? ¿Por qué me miras con esa cara de pasmado?

DAMIÁN.—¡Je! No es nada, señora. De verdad.

LEONOR.—(*Muy maternal*) ¡Ay, Damián, Damián! ¡Pobrecito mío! ¡No sé por qué, cada día que pasa estás más viejecito...!

(Entra en la alcoba)

DAMIÁN.—¡Je!

(Y, de pronto, repiquetea vivo, urgente, el timbre del teléfono. Marita, Paloma y Belén gritan dentro al mismo tiempo)

LAS TRES.—(*Dentro*) ¡Vaaa...!

(Surgen las tres arrolladoramente por el fondo)

MARITA.—¡Quietas! Es para mí.

(Y se lanza sobre el teléfono)

PALOMA.—¡Ay! ¡Qué ciclón!

MARITA.—*(Al auricular, apasionadísima)* ¡Perico! ¡Mi vida! Te quiero, te quiero...

BELÉN.—¡Hale! Aprisa, aprisa...

PALOMA.—¡Huy! ¡Qué amor!

(De pronto, Marita escucha algo, enrojece y se azara muchísimo)

MARITA.—¿Cómo? ¡Ay! Usted perdone. *(Y cuelga rapidísima)* ¡No era Perico!

BELÉN.—¡Ay!

PALOMA.—¡Toma! Entonces, ¿quién era?

MARITA.—¡Qué sé yo! ¡Un señor que se ha enfadado muchísimo!

LAS OTRAS.—¡Oh!

(Ríen. Y de pronto, las tres, mirando hacia la puerta del pasillo enmudecen, asustadas, con los ojos abiertos de par en par. Una leve pausa. En la entrada del pasillo, muy despacio, aparece Pedro Barrera)

PEDRO.—*(Cortés)* Buenos días.

(Las tres chicas están muy juntas, agrupadas. En voz muy baja)

MARITA.—Buenos días.

PALOMA.—Buenos días.

BELÉN.—Buenos días.

(Pedro avanza con desenvoltura)

PEDRO.—¡Damián! ¿Quieres anunciar mi visita al señor? Dile que es cosa de unos pocos minutos.

DAMIÁN.—Sí, señor. En seguida.

(Damián se va por el fondo. Pedro se vuelve hacia las muchachas)

PEDRO.—Por curiosidad, señoritas. ¿Puedo hacer una pregunta?

MARITA.—¡Naturalmente!

PEDRO.—¿Quién de ustedes es María?

(Un levísimo silencio)

MARITA.—Yo soy María, señor Barrera.

PEDRO.—¡Hola! Conque es usted María...

MARITA.—Sí, señor.

PEDRO.—Ya...

(Se calla. Una larga mirada. La muchacha se ruboriza intensamente. Y ahora, las tres, una tras otra, muy apresuradas)

MARITA.—Buenos días, señor Barrera.

PALOMA.—Buenos días.

BELÉN.—Buenos días.

(Las tres chicas escapan y entran en la alcoba de Leonor. Queda solo Pedro Barrera. Una pausa. Bajo la embocadura del fondo aparece Esteban. Pedro sonríe)

PEDRO.—¡Je! ¿Te sorprende esta visita, Esteban? Ya me hago cargo. Naturalmente, para empezar, y para que no haya equívocos entre nosotros, me interesa hacer constar que mi actitud respecto a ti y todo lo que tú representas no ha variado en absoluto. Yo soy un hombre de convicciones muy firmes. Esto quiere decir, claro está, que mi presencia en esta casa, esta mañana, es puramente circunstancial...

ESTEBAN.—¡Hola! Pero ¿qué ocurre?

PEDRO.—Verás. Ha sucedido algo insólito.

ESTEBAN.—*(Con mucha curiosidad)* ¡Ah! ¿Sí?

PEDRO.—¡Sí!

ESTEBAN.—¡Vamos! Habla de una vez. ¿Qué ha pasado?

(Ya están sentados los dos en el sofá)

PEDRO.—Mira, Esteban. Yo tengo un hijo.

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡Claro! ¡Perico!

PEDRO.—¡Je!

ESTEBAN.—¡Un gran muchacho! Bien puedes estar orgulloso...

PEDRO.—¡Hum! ¿Tú crees?

ESTEBAN.—¡Oh, sí! Perico tiene talento.

PEDRO.—(*Irónico*) ¡Oh! Talento, talento. Permíteme que, en este caso, no conceda demasiado crédito a tu opinión. Tú no puedes ser imparcial. ¡Je! Da la casualidad de que mi hijo tiene tus mismas ideas...

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) ¡Ca! Te equivocas.

PEDRO.—¡Ah! ¿No?

ESTEBAN.—¡No! Ni muchísimo menos. Él tiene otras ideas: las suyas. Y puedes estar seguro de que cuando comparo mis ideas con las de Perico yo me siento, de pronto, un viejo y terrible reaccionario...

PEDRO.—(*Asustado*) ¡No!

ESTEBAN.—(*Divertido*) ¡Ah, sí, sí!

PEDRO.—¡Santo Dios! ¡Qué barbaridad! Pero, entonces, ¿adónde va a llegar ese muchacho? ¡Ah! ¡Este chico! Este chico es mi pesadilla. ¿Qué voy a hacer con él? Es terco, rebelde, imprudente. No sé a quién ha salido. Pero ahí está el condenado: escribiendo artículos subversivos; en la primera fila de todas las manifestaciones que se organizan para protestar de algo. ¡Haciendo su santísima voluntad! ¡Poniendo en la picota un apellido impecable! ¡Oh! Esto es demasiado, demasiado...

(Esteban le mira con curiosidad y sonríe)

ESTEBAN.—Pero, Pedro, ¿de veras has venido a esta casa para hablarme de tus problemas con Perico? ¡Qué curioso! ¿A mí? ¿Precisamente a mí? ¿Por qué?

(Pedro se revuelve airadamente)

PEDRO.—¡Hola! Conque ¿ni siquiera lo sospechas? Pues está muy claro. ¡Porque anoche, después de cenar, se plantó Perico en mi despacho y, de buenas a primeras, me dijo que ha resuelto casarse con tu hija María!

(Esteban pega un respingo y se pone en pie, alarmadísimo)

ESTEBAN.—¡No!

PEDRO.—¡Ea! ¿Qué te parece?

ESTEBAN.—¡Pedro! Pero si es imposible...

PEDRO.—¡Oh! Imposible, imposible...

ESTEBAN.—Pero si Marita y Perico apenas se conocen...

PEDRO.—(*Indignado*) ¿Qué estás diciendo? Vamos, hombre. Pero si desde hace quince días pasan juntos todas las horas del día...

ESTEBAN.—¡No!

PEDRO.—¡Sí!

ESTEBAN.—¡No! Te equivocas, Pedro. Tengo entendido, eso sí, que, de vez en cuando, viene Perico y se lleva a las chicas a dar una vuelta...

PEDRO.—(*Indignado*) ¡No! A las chicas, no. A la chica, a la chica...

ESTEBAN.—¡Oh!

PEDRO.—¡Ah! Ese granuja...

(*Esteban impresionadísimo*)

ESTEBAN.—¿De manera que te dijo que se quiere casar con María?

PEDRO.—¡Sí! ¡Eso me dijo!

ESTEBAN.—¿Y después?

PEDRO.—¿Después? Nada. Ni siquiera esperó mi respuesta. ¡Se fue!

ESTEBAN.—¡Oh!

PEDRO.—¡Ah! Ese caballerito hace las cosas así...

ESTEBAN.—(*Preocupadísimo*) ¡Marita y Perico! Es increíble. Pero ¿cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo no me he dado yo cuenta?

(*Pedro salta con indignadísima ironía*)

PEDRO.—¡Ah! Porque tú eres un soñador. Tú no estás en la tierra como el resto de los pobres mortales. ¡Tú vives en las nubes!

ESTEBAN.—(*Abrumado*) ¿Qué quieres? Me paso horas y horas encerrado en mi cuarto trabajando. Apenas salgo.

PEDRO.—¡Hum! Me río yo de estos hombres eminentes, muy capaces de discurrir con brillantez sobre lo que pasó hace cien años o sobre lo que pasará dentro de otros cien; pero inútiles del todo cuando se trata de percibir lo que está ocurriendo ante sus propios ojos. Por supuesto, esa es la razón de todo lo demás. Por eso cuando los intelectuales entran en política todo se convierte en un desastre. ¡Ah! ¡Los famosos intelectuales de izquierdas! ¡Cuánto daño han hecho a este país!

ESTEBAN.—(*Se alza vivamente, violento, casi con cólera*) ¡Pedro! ¡Dejemos a un lado la política! ¿No te parece?

(*Pedro se vuelve y le mira fijamente, con una terrible frialdad*)

PEDRO.—¡Sí! Dejemos la política. En ese terreno, entre nosotros, ya está dicho todo lo que había que decir.

ESTEBAN.—Eso es. ¡Y para siempre! ¿No crees?

PEDRO.—Justo. ¡Para siempre! *(Esteban se vuelve y marcha hacia el balcón. Un silencio. Pedro, ya disminuida la tensión, habla en otro tono. Pero con una irremediable desazón)* ¿Por qué has vuelto a España, Esteban? ¿Por qué?

ESTEBAN.—¿Por qué? ¿Todavía no lo has comprendido? Porque esta tierra también es mía. Porque me pertenece a mí tanto como a ti...

(Pedro se vuelve vivamente. Parece que va a decir algo. Pero calla. Una transición)

PEDRO.—Bien. No discutamos. Volvamos a lo que ahora importa. Has de saber, Esteban, que para mí ese absurdo romance, que ha surgido como por arte de magia entre tu hija y mi hijo, carece de sentido. Lo considero un juego de chiquillos intrascendente, ingenuo y pueril. Y me opongo y me opondré siempre a esa fantástica boda. ¡Pues no faltaría más! No necesito decirte, porque de sobra lo imaginas tú, que si yo me opongo no hay ni la más remota posibilidad de que los sueños de esos chicos se hagan realidad. El muchacho todavía depende de mí. ¿Comprendes? De vez en cuando gana unas pesetas que le dan por esos malditos artículos que escribe. Pero, en fin, la verdad es que eso apenas le llega para pagarse sus cigarrillos y la gasolina del coche... *(Se calla. Un silencio)* Naturalmente, mi negativa se fundamenta en razones muy sólidas. Y para mí muy importantes. En primer lugar, yo nunca, nunca abriría las puertas de mi casa para una hija de Esteban Lafuente.

ESTEBAN.—*(En pie, airado)* ¡¡Pedro!!

PEDRO.—Luego, aunque ese prejuicio fuera superado, cosa, te lo aseguro, realmente imposible, todavía queda algo más difícil. Resulta que María, que sin duda es una excelente muchacha, no es hija de un legítimo matrimonio...

ESTEBAN.—*(Pálido)* ¡Pedro! ¡No te consiento...!

PEDRO.—Calma, calma, por favor. ¡Que no nos falte entereza para afrontar las realidades por amargas que resulten! En tu ambiente, en tu mundo, entre la gente de tus ideas es muy posible que ese problema carezca de importancia. Me hago cargo. Son personas que saben hacerse una moral para su uso particular y el resto les tiene sin cuidado. Pero entre los míos, no. Yo pertenezco a una vieja familia. Estamos hechos a la antigua española, ¿comprendes? Tenemos unas ideas muy firmes, muy concretas, quizá un poco primitivas, sobre el honor y la moral y todo lo demás. Pero ¿qué quieres?, nos sentimos muy orgullosos de ser así...

ESTEBAN.—Sigue, Pedro, sigue...

PEDRO.—Después, claro, aún queda una tercera razón que hace imposible ese disparatado proyecto de boda. Aunque bien pensado, esa razón no es mía, te pertenece a ti por entero. ¡Je! ¿Qué se diría, Esteban? ¿Qué se diría de ti si, ahora, al volver a España, pactases con tus antiguos enemigos entregando como prenda nada menos que a una de tus hijas? A mí me parece que en ese caso tu integridad y tu prestigio resultarían un poco afectados.

ESTEBAN.—(*Violento*) ¡Cállate, Pedro! Por lo que más quieras...

PEDRO.—(*Indiferente*) Bien. Después de todo, ya nada me queda por decir...

*(En ese momento se abre la puerta de la alcoba y surge Leonor.
Esteban está ante Pedro conteniéndose difícilmente, mirándole a
los ojos con una rabiosa angustia)*

ESTEBAN.—¡Cállate! Y escucha, Pedro, lo que voy a decirte. Hay algo que ya no podré perdonarte nunca, ¿sabes? Yo volví a España sin odio, sin amargura, sin rencor en el alma, limpia después de tantos y tantos años de soledad, de dolor y de añoranza; con los brazos abiertos, dispuesto a querer, esperando, como una lluvia bendita, el amor de los demás. Pero tú, ¿me oyes, Pedro Barrera?, tú, con tu rencor has removido el mío. Este maldito rencor que yo creía apagado para siempre y que ahora veo que solo estaba dormido. Tú me has hecho volver a odiar. Y eso no te lo perdono, Pedro. ¿Y sabes por qué? ¡Porque me has hecho desgraciado otra vez!

PEDRO.—¡Oh!

ESTEBAN.—¡No! No te lo perdonaré nunca. Puedes estar seguro de que jamás permitiré que mi hija se case con Perico. Jamás. ¿Me oyes? Jamás dejaré que Marita ingrese en ese mundo tuyo que detesto. ¡Jamás! Por esta vez estoy de acuerdo contigo. Pero, fíjate, fíjate que contigo está lo peor de mí mismo: mi orgullo, mi soberbia, mi rencor...

LEONOR.—¡Oh! ¡Basta ya! ¡Cállate, Esteban!

PEDRO.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Cállate tú también! ¡Dios mío! Debería daros vergüenza de vosotros mismos. ¡Oh! Permitir que su estúpido odio se imponga al destino de esas dos criaturas jóvenes, limpias, puras, maravillosas, que no odian a nadie, que solo saben querer y querer porque tienen el alma llena de alegría y de amor...

PEDRO.—Por favor, Leonor, yo te ruego...

LEONOR.—(*Furiosa*) ¡Déjame en paz!

PEDRO.—¡Oh!...

(Un brevísimo silencio. Ahora suplicante)

LEONOR.—¡Pedro! ¡Esteban! ¿Es que todo va a quedar así? ¿Es que no vais a decir nada? ¿Es que sois de hielo? ¿Es que os habéis vuelto locos? ¿Es que no os conmueve este amor que ha surgido porque sí, porque Dios ha querido, porque un chico y una chica se han mirado a los ojos? *(Otro silencio. Los dos hombres permanecen inmóviles. Leonor habla ahora para sí misma con una infinita desolación)* ¡Dios mío! ¡Y yo que lo tenía todo tan bien dispuesto y tan bien preparado! La boda en las Salesas, con la iglesia llena de flores y de música. Tú, con tu chaqué y tu sombrero de copa. Tú, imponente, de uniforme, con todas tus condecoraciones, que son muchísimas. María, tan bonita. ¡La novia más bonita del mundo! Y el banquete en el Ritz, con salmón y caviar y champán francés. ¡Ah! ¡Y el pato! Y después, el viaje a la Costa Brava, que está divina en otoño. Y la vuelta. Un apartamento precioso: chiquitín, chiquitín. ¡No! ¡Qué digo un apartamento! Un piso grande, hermosísimo. ¡El mejor piso de Madrid! Por los niños, porque vendrán niños, muchos, muchísimos niños...

(Bajo el dintel de la puerta de la alcoba aparece Marita, seguida de Paloma y Belén, que se quedan allí, asustadas. Marita tiene los ojos llenos de lágrimas)

MARITA.—No insistas, Leonor.

LEONOR.—¡María! ¡Pequeña!

MARITA.—¿No ves que no quieren? No quieren, no quieren.

(La muchacha corre y se refugia sollozando en los brazos de Leonor)

LEONOR.—¡Hijita!

MARITA.—¡Oh, Leonor, Leonor!

(Y, en este momento, por el pasillo, surge arrollador, como siempre, Perico)

PERICO.—¡Hola! Aquí estoy yo...

LEONOR.—¡Jesús! ¡Perico!

(Se ha hecho un súbito silencio que el muchacho no advierte. Y él, entre divertido y sorprendido, se queda mirando a su padre)

PERICO.—¡Anda! Pero si está aquí mi padre. ¡Qué tío!

PEDRO.—*(Irritadísimo)* ¡Perico!

PERICO.—¡Papá! ¿Te gusta María? ¿Verdad que te gusta? ¿Verdad que está estupenda? ¿Verdad que es la chica más bonita del mundo? Oye, ¿te ha dicho que habla inglés, francés y un poquito de alemán? ¿Te ha dicho que sabe Historia y Filosofía y...?

(Marita se revuelve bruscamente)

MARITA.—¡Calla, Perico! Por Dios, cállate.

PERICO.—*(Extrañadísimo)* ¿Que me calle? Hala, hala, tonta. Pero ¿es que te vas a poner colorada?

MARITA.—¡¡Perico!!

PERICO.—¿Qué? *(Un silencio. Perico mira en torno)* ¿Qué pasa? ¿Por qué tenéis todos esas caras?

MARITA.—¡Oh!

PERICO.—¡Porras! Pero ¿por qué estás llorando tú?

MARITA.—¡Perico! Pero ¿no comprendes? ¡Tu padre y el mío no quieren que nos casemos!

PERICO.—*(Estupefacto)* ¡Anda! ¿Que no quieren?

MARITA.—¡No!

PERICO.—¡Demonio! Pero ¿por qué? ¿Porque somos demasiado jóvenes? ¡Qué tontería! Ese es un prejuicio burgués...

MARITA.—¡No! ¡No es eso!

PERICO.—¡Ah, ya! Porque yo gano poco dinero. ¡Pero si eso a ti no te importa!

MARITA.—¡No! ¡Tampoco!

PERICO.—¡Porras! Entonces, ¿por qué?

MARITA.—¿No lo adivinas? ¡Por la guerra!

PERICO.—*(Sincerísimo)* ¿Qué guerra?

MARITA.—*(Muy excitada)* ¡¡Perico!! ¡No me pongas nerviosa!

PERICO.—¡Ah, ya! Ya caigo. ¡La guerra...! *(Se queda un instante inmóvil, callado, sorprendidísimo. Luego se vuelve hacia su padre)* Pero, papá, ¿eso es verdad? *(Pedro se calla y vuelve el rostro)* ¡Maestro! *(Silencio. Perico está atónito)* ¡Hola! Conque era por eso... *(Perico de pronto se yergue muy resuelto)* ¡Ah! Pues tú no te preocupes, María. Haremos una sonada.

TODOS.—*(Inquietísimos)* ¿Cómo?

PERICO.—(*Muy embalado*) ¡Digo! Yo tengo soluciones para todo. Mira. Esta noche nos escapamos juntos, y dentro de ocho días volvemos con un niño...

TODOS.—¿Cómo?

(*Un estremecimiento colectivo. Un revuelo. Pedro y Esteban brincan. Marita pega un chillido*)

MARITA.—¡Ayyy!

PEDRO.—¡Perico!

ESTEBAN.—¿Qué ha dicho?

MARITA.—¿Un niño?

PERICO.—¡A ver!

PALOMA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

TODOS.—¡Oh!

(*Un revuelo. Y de pronto, entre las voces de los demás, Leonor salta, contentísima, como iluminada*)

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué idea! Pero ¿cómo no se me ha ocurrido a mí antes?

TODOS.—¿Cómo?

LEONOR.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Pero si ese niño es lo que nos está haciendo falta...

PERICO.—¿Verdad que sí?

ESTEBAN.—¡Leonor! ¿Qué dices?

LEONOR.—¡Calla tú! ¡Que esto a ti no te importa!

ESTEBAN.—¡Leonor!!

LEONOR.—(*Resueltísima*) ¡Pronto, Perico! ¡Venga ese niño! ¡Aprisa! ¡No hay que perder tiempo!

PERICO.—(*Muy dispuesto*) ¡Huy! Por mí... Dicho y hecho.

TODOS.—¡Oh!

MARITA.—¡Perico! ¡Que me voy a morir de vergüenza!

PERICO.—Calla, tonta. Pero si es muy fácil...

MARITA.—(*Chillando*) ¡Perico!!

TODOS.—¡Oh!

(*En ese instante Paloma y Belén se miran atónitas*)

PALOMA.—Oye. ¿Dicen que Marita va a tener un niño?

BELÉN.—¡Claro!

PALOMA.—¿Cuándo?

BELÉN.—Por lo visto en seguida...

PALOMA.—(*Emocionadísima*) ¡Ay, qué alegría!

MARITA.—¡No! ¡No quiero! ¡No quiero!

TODOS.—¡Oh!

(*Esteban, irritado, avanza unos pasos*)

ESTEBAN.—¡Basta ya! ¡Callaos todos! Pero ¿qué locura es esta?

PEDRO.—(*Irritado*) Perico, Perico...

(*Perico, entre Esteban y su padre, se vuelve al uno y al otro vivamente. Con un sutil desafío en la mirada*)

PERICO.—¡Papá! ¡Maestro! Pero ¿es que ustedes creen que porque ustedes no hayan podido olvidar todavía que fueron enemigos en aquella guerra, que acabó hace más de treinta años, María y yo vamos a renunciar a querernos? ¿Y eres tú el que me pide eso, papá? ¿Y usted, maestro? ¡Esteban Lafuente! ¡El viejo liberal! ¡El peregrino de la libertad! ¡Ah, no! ¡Protesto!

ESTEBAN.—¡Perico!

PERICO.—Protesto, protesto...

LEONOR.—(*Entusiasmadísima*) ¡Bravo! ¡Así se habla!

PALOMA.—¡Bien dicho, Perico!

BELÉN.—¡Viva Perico!

LEONOR.—¡Ah, María! ¡Hijita! Esto es un hombre...

MARITA.—¡Oh!

PEDRO.—(*Airado*) Bueno. Terminemos de una vez esta situación absurda.
¡Perico!

PERICO.—¡Papá!

PEDRO.—Óyeme bien. Voy a darte una orden. ¡No quiero que vuelvas a poner los pies en esta casa!

(*Leonor salta indignadísima*)

LEONOR.—¡Grosero!

TODOS.—(*Un revuelo*) ¡Oh!

LEONOR.—¡Maleducado!

(*Perico está mirando a su padre, un poco asustado*)

PERICO.—¿De veras, papá? ¿Esa es tu última palabra?

PEDRO.—¡Sí!

PERICO.—¡Vaya! Pues lo siento, papá...

PEDRO.—¿Es que no vas a obedecerme?

PERICO.—(*Sencillamente*) No, papá.

PEDRO.—¡Perico!

PERICO.—¿Qué, papá?

PEDRO.—Entonces, tú y yo hemos terminado. No vuelvas a casa.

(*Un silencio*)

PERICO.—¿Es que me echas de casa, papá?

PEDRO.—Sí.

(*Otro silencio. Perico, hondamente emocionado*)

PERICO.—Bueno. No importa. Después de todo, nunca me gustó nuestra casa. La odio, ¿sabes? Es una casa vieja, fea y triste. Y he llorado tanto por aquellos rincones cuando era un niño solitario y abandonado... (*Se vuelve hacia su padre. Le mira. Con una nueva e irremediable ternura*) Pero a ti te voy a echar mucho de menos, papá. A pesar de todo. A pesar de nuestras discusiones. A pesar de que tú crees que la vida es una pesadumbre y yo creo que es un repique de campanas. A pesar de que tú crees en el pasado y yo creo en el futuro. A pesar de que yo protesto y tú estás conforme. A pesar de todo eso, yo te quiero mucho, papá...

(*Un silencio leve. Perico, mirando a su padre, tiene los ojos brillantes. Pedro le mira también. Luego baja la cabeza*)

PEDRO.—Adiós, Perico.

PERICO.—Adiós, papá. (*Pedro marcha en silencio, lentamente hacia la entrada del pasillo, bajo las miradas de todos. Perico, en una transición, grita casi con angustia*) ¡Papá! (*Pedro, ya en el umbral de la salida, se vuelve*) ¡¡Protesto!!

LEONOR.—¡Oh!

PERICO.—¡Sí! ¡Protesto! ¡Protesto de los que hacen la vida dura, difícil y amarga! ¡Protesto de los que se odian! ¡Protesto de los que todavía no han descubierto el amor! ¡Protesto! ¡Protesto! ¡¡Protesto!!

(Un silencio. Pedro, después de una larga mirada a su hijo se va silenciosamente. Esteban que ha escuchado inmóvil la escena anterior, baja la cabeza y desaparece por el fondo. En escena quedan Leonor, Marita, Paloma, Belén y Perico. Marita, de pronto, corre y se refugia en los brazos de Perico)

MARITA.—¡Perico! ¡Mi vida! ¡Y todo por mí! ¡Por mi culpa!

PERICO.—*(Muy jovial. Pero todavía conmovido)* ¡No! Pero ¿qué dices? Lo que pasa es que yo soy un egoísta. Y si tengo que elegir entre mi padre y tú, me quedo contigo. ¡Je! ¡Toma! Menudo soy...

MARITA.—¡Oh! Perico, mi Perico...

(Paloma y Belén están mirando a Perico emocionadísimas y entusiasmadísimas)

PALOMA.—¡Perico! Eres fantástico...

BELÉN.—Eres maravilloso...

(Y las dos, una tras otra corren y estampan un beso en las mejillas de Perico. Luego, corriendo, una tras otra también, se van volando por el fondo)

PERICO.—¡Je! *(Leonor está ante el balcón, mirando a la calle. Perico y Marita, juntos al otro lado. Durante unos segundos se miran. Luego)* ¡María! ¿Tú me quieres mucho?

MARITA.—¡Dios mío! ¡Perico! ¡Que si te quiero! ¡Ahora más que nunca!

PERICO.—Entonces, ¿estás dispuesta a todo?

(Marita le mira fijamente, con un insólito rubor)

MARITA.—¿Te refieres a lo del niño?

PERICO.—¡Sí!

(Un silencio)

MARITA.—Sí, Perico. Estoy dispuesta.

PERICO.—*(Completamente decidido)* ¡Hala! Entonces, no hablemos más. ¡En marcha! ¡Abajo tengo el seiscientos!

(La toma de la mano y corren hacia la entrada del pasillo. Pero Leonor se vuelve y grita)

LEONOR.—¡¡Quietos!! *(Los dos muchachos se detienen)* ¿Adónde vais?

PERICO.—¡Toma! A lo del niño...

LEONOR.—*(Furiosa)* ¡Perico! Si vuelves a nombrar al dichoso niño te pego una bofetada.

MARITA.—¡Oh!

PERICO.—Pero, Leonor...

LEONOR.—¡Calla! ¡Fresco! ¡Que tú eres un fresco!

PERICO.—¡Leonor...!

(Leonor, mirando a los muchachos, que de pronto se han quedado como desamparados, tiene una transición. Muy emocionada)

LEONOR.—¡Hijitos! Naturalmente, hay que hacer algo. No podemos rendirnos. Tenemos que luchar. *(Va hacia el sofá, se sienta. Está desolada)* Pero ¿qué podemos hacer? ¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

(Las luces comienzan a descender, lentamente, hasta llegar al

OSCURO)

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. A la mañana siguiente. Música en el intermedio.

(En escena no hay nadie cuando se alza la cortina. Una breve pausa. Y de pronto se oye la voz de Esteban que llama a grandes voces, muy irritado)

ESTEBAN.—*(Dentro)* ¡Leonor! ¡Leonor! ¡Leonor!! *(Surge, atropelladamente, por el fondo. Está descompuesto, perturbadísimo. Lleva en la mano un papelito)* ¡Leonor! ¿Dónde estás? ¡Leonor!! *(Va de un lado a otro llamando con verdadera desesperación)* ¡Leonor! ¡Damián! Pero ¿es que no hay nadie en esta casa? ¡Leonor! *(Va a la puerta de la izquierda y llama con los nudillos, estrepitosamente)* ¡Leonor!! ¡Leonor!!

(Surgen por el fondo, muy asustadas, Paloma y Belén)

BELÉN.—¡Papá!

PALOMA.—¿Qué te ocurre? ¿Por qué das esas voces?

(Esteban se revuelve ante las chicas, airado, furioso)

ESTEBAN.—Conque ¿por qué? ¿Eh? ¿Queréis saberlo? ¡Porque Marita se ha fugado con Perico!

(Las dos chicas pegan un respingo alarmadísimas)

LAS DOS.—¡No!

ESTEBAN.—¡Sí! Se han fugado, se han fugado...

PALOMA.—¿Cuándo?

ESTEBAN.—¡No lo sé!

PALOMA.—Pero si no es posible...

ESTEBAN.—¡Ah! Ese loco, ese insensato. ¡Lo mato!

BELÉN.—¡Jesús!

ESTEBAN.—Tomad. Leed esto. Ahí lo dice bien claro. He encontrado esta carta de Marita en la mesa del comedor, hace unos minutos. *(Y vuelve a su desesperación)* ¡Leonor! ¡Leonor! ¿Dónde estás? ¡Leonor!!

(Y se va por el fondo llamando frenéticamente. Paloma y Belén, frente a frente se miran estupefactas con los ojos desmesuradamente abiertos)

BELÉN.—¡Que se han escapado!

PALOMA.—¡Síiii...!

BELÉN.—¡Ay, Paloma! ¡A ver qué dice esa carta!

PALOMA.—A ver, a ver... *(Paloma, que tiene entre las manos el papelito, lo desdobra trémulamente. Y lee:)* «Adiós, papá...» *(Y se echa a llorar)* ¡Ay, Belén! ¿Has oído? Dice «Adiós, papá».

BELÉN.—*(Igual)* ¡Dios mío! ¡Qué heroísmo!

PALOMA.—*(Leyendo otra vez)* «Adiós, papá. Perdóname el disgusto que voy a darte. Pero no lo puedo evitar. Me voy con Perico. No sé qué será de nosotros. Pero no importa. Nos queremos mucho, muchísimo, y estamos dispuestos a ser felices contra todo y contra todos. No nos busques, papá. Sería inútil. Adiós, papá; querido, queridísimo papá; mi vida, mi cielo, mi tesoro. ¡Adiós! Tu Marita» *(Las dos chicas se miran. Están emocionadísimas, a punto de prorrumpir en sollozos)* ¡Oh, Belén!

BELÉN.—¡Paloma!

PALOMA.—¡Se ha ido Marita!

BELÉN.—¡Sí!

PALOMA.—¡Y para siempre!

BELÉN.—¡Sí!

PALOMA.—¡No la veremos más!

BELÉN.—¡Nunca!

PALOMA.—¡Oh, Belén, Belén!

BELÉN.—¡¡Paloma!!

(Se arrojan la una en los brazos de la otra y lloran con un enorme desconsuelo. Y en ese instante se abre la puerta de la alcoba y aparece Leonor, muy serena)

LEONOR.—¡Niñas! Basta de lágrimas, que no hay por qué. Marita y Perico se han escapado, sí. Pero decentemente, como Dios manda.

(Las dos muchachas se miran estupefactas)

LAS DOS.—¿Cómo?

PALOMA.—¿Qué dices?

LEONOR.—¡Ea! Para que lo sepáis de una vez. Se han escapado con mi permiso...

PALOMA.—¿Entonces esta carta?

LEONOR.—¡Oh! Esta carta la he dictado yo. A la pobre Marita, con los nervios, no se le ocurría nada...

(Paloma y Belén están mirando a Leonor, atónitas)

LAS DOS.—¡No!

LEONOR.—*(Muy satisfecha)* ¡Ah, sí, sí! Como os lo cuento...

PALOMA.—Pero, Leonor...

LEONOR.—Había que hacer algo, ¿no? Había que salvar el amor de esos chicos. Había que romper esa muralla de rencor que separa a vuestro padre y a Pedro Barrera. Porque ya veremos, ya veremos ahora, señores míos, si no se rinden ustedes ante la catástrofe... *(Encantada)* ¡Oh! ¡Y qué catástrofe!

PALOMA.—¡Leonor!

LEONOR.—Todo eso pensé, ¿comprendéis, nenas? Y dicho y hecho. De pronto tuve una idea. ¡Hala! ¡Hijitos! ¡Escaparos! Pero con Damián, naturalmente...

(Las dos chicas pegan un respingo)

BELÉN.—¿Cómo?

PALOMA.—¿Con Damián?

LEONOR.—¡Ah, claro! ¡Pues no faltaría más! No iba yo a permitir que se fueran solos. ¡Quia! No me fío nada de Pedro.

(Paloma y Belén se miran desconcertadísimas)

BELÉN.—Pero, Leonor...

PALOMA.—¿Y cuándo se fueron?

LEONOR.—Anoche. ¿Os acordáis de que a eso de las nueve, más o menos, dijo Marita que no quería cenar y se metió en mi cuarto para pasar la noche conmigo?

BELÉN.—¡Sí!

LEONOR.—Pues entonces, ¡zas!

PALOMA.—¡Ay! ¿Y dónde están ahora?

LEONOR.—*(Triunfante)* ¡En la finca de León!

BELÉN.—¡Ay!

PALOMA.—¡En la finca de León!

LEONOR.—¡Allí! En la casa de los Valdés y Montiel, que es un refugio precioso, precioso. ¿Dónde mejor? Y allí estarán con Damián hasta que este par de locos insensatos se entreguen ante lo irremediable. ¡Ea! ¿Qué os parece?

(Paloma y Belén brincan de entusiasmo)

BELÉN.—¡Bravo!

PALOMA.—¡Fantástico!

BELÉN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

LEONOR.—*(Contentísima)* Llegarían de madrugada, ¿sabéis? María ha dormido en el torreón y Perico en el sótano. Y Damián, pobrecito, como casi no duerme, se habrá pasado la noche vigilando, entre el torreón y el sótano. Todo está previsto.

PALOMA.—¡Leonor!

(Leonor va de un lado a otro contentísima)

LEONOR.—¡Qué escándalo! ¡Pero qué escándalo! Se enterará todo Madrid. Saldrá la noticia en los periódicos. ¡Digo! Y en la radio y en la televisión. ¡Ah! Pues no es nada: ¡la hija de Esteban Lafuente y el hijo de Pedro Barrera que se quieren y que se han escapado juntos! ¡Dios mío! ¡Pero qué bonito es hacer la revolución! ¡Y pensar que yo siempre he sido de derechas!

(Paloma y Belén corren hasta Leonor y se abrazan a ella)

PALOMA.—¡Ay, Leonor!

BELÉN.—¡Pero qué grande eres!

PALOMA.—¡No hay otra como tú!

LEONOR.—*(Emocionada)* ¡Hijitas!

(Y dentro se oye la atronadora voz de Esteban llamando)

ESTEBAN.—*(Dentro)* ¡Leonor! ¡Leonor!

(Leonor y las chicas se revuelven asustadas)

LAS TRES.—¡Ay!

LEONOR.—¡Vaya! Esto es lo peor. ¡El primer arrebató!

(Y en el fondo aparece Esteban)

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Muy enfadada*) ¿Qué pasa? ¿Se puede saber por qué das esas voces?

ESTEBAN.—Pero ¿es que no lo sabes? ¡Marita y Perico se han escapado!

LEONOR.—(*Muy lógica*) ¡Claro! ¿Y qué esperabas? ¿Que iban a renunciar a quererse porque esa fuera tu decisión y la de Pedro Barrera? ¡Ah, no, hijito! Ellos se han escapado y han hecho muy bien.

ESTEBAN.—(*Casi con un escalofrío*) Pero, Leonor, ¿te imaginas lo que va a pasar? ¿Te lo imaginas?

LEONOR.—¡Hombre! Pasará lo que pasa siempre en estos casos. ¡Que volverán con un niño!

ESTEBAN.—¡Leonor! Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? Marita es mi hija, mi hija, mi hija...

LEONOR.—(*Pesimista*) ¡Ay! Pues no creo yo que eso sea un obstáculo para Perico...

ESTEBAN.—¡Cállate!! ¡No me nombres a Perico!

LEONOR.—¡Oh!

PALOMA.—(*Muy estimulante*) Hala, hala, papá. ¿Por qué te apuras tanto? Pero si después de todo, Marita es una chica muy dispuesta. Sabe guisar, coser y planchar...

ESTEBAN.—¡Cállate tú!

PALOMA.—¡Ayyy!

BELÉN.—¡Ay, papá!

ESTEBAN.—(*Con una infinita angustia*) ¡Leonor! ¡Por Dios! ¡Ayúdame! ¡Hay que hacer algo! No puedo perder a Marita. No puedo permitir que se pierda ella sola por un arrebató de chiquillos. ¡No! ¡Todo menos eso! Vamos, Leonor. Hay que dar parte de esta fuga. ¡Hay que llamar a la Dirección General de Seguridad...!

LEONOR.—Pero, hombre, ¿qué dices? Si en la Dirección General de Seguridad se enteran de que se han escapado la hija de Esteban Lafuente y el hijo de Pedro Barrera, se van a estar riendo toda la temporada...

ESTEBAN.—¡No importa!

LEONOR.—¡Oh!

ESTEBAN.—¡Que me los traigan! ¡Que los busque la Guardia Civil!

LEONOR.—(*Horrorizada*) ¡Jesús! ¡Un viejo republicano llamando en su ayuda a la Guardia Civil! ¡Lo que me quedaba por oír...!

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Muy firme*) ¡Ah, no! Que no, que no. ¡Me niego! Por tu prestigio, naturalmente...

ESTEBAN.—¡Leonora!!

LEONOR.—¿Qué quieres?

ESTEBAN.—¡Hay que llamar a Pedro Barrera! ¡Pronto!

LEONOR.—(*De pronto, calla y sonrío*) Mira. Eso sí. Eso es lo único sensato que has dicho hasta ahora. ¡Vamos a llamar a Pedro Barrera!

(*Toma el auricular del teléfono. Marca un número. Entretanto, Esteban pasea de aquí para allá como si estuviera entre barrotes*)

ESTEBAN.—¡Oh! Marita, Marita, Marita...

PALOMA.—¡Papá!

ESTEBAN.—¡Déjame en paz!

PALOMA.—¡Huy!

LEONOR.—(*Al auricular*) ¡Oiga! ¿Pedro? ¿Eres tú, Pedro?

ESTEBAN.—(*Bruscamente*) ¡Trae! ¡Déjame a mí!

(*Le arranca el auricular de las manos y se dispone a hablar él. Leonor se queda despechadísima*)

LEONOR.—¡Bruto! ¡Maleducado!

ESTEBAN.—(*Al aparato*) ¡Pedro! ¿Eres tú? Soy yo, Esteban Lafuente. ¡Pedro! ¿No sabes lo que ha pasado? ¡Que Perico y María se han escapado! ¡Sí! Esta noche, esta noche. ¡Pedro! Hay que hacer algo. Es mi hija, Pedro, es mi hija. Yo te lo suplico. Yo te lo pido de rodillas, si es necesario. ¡Pedro! Es mi hija, es mi hija... (*Escucha*) ¡Sí! Sí, Pedro. Gracias. Date prisa, por Dios. ¡Te lo pido con toda mi alma!

(*Cuelga*)

LEONOR.—(*Bajo*) ¿Qué?

ESTEBAN.—Ya viene hacia acá. (*Marcha hacia el fondo. Desde allí con una profunda, incontenible emoción*) Tú no sabes, Leonor, tú no sabes cómo estoy sufriendo...

(*Sale. Y, en el acto, Leonor y las chicas gritan entusiasmadas*)

LAS TRES.—¡Bravo!

LEONOR.—¡Ya! ¡Ya! Esto marcha. ¡Dios mío! Y pensar que en este momento María, Perico y Damián están en la finca de León tan tranquilos y tan felices. ¡Pobrecitos!

(Y en este momento en el umbral de la entrada del pasillo surge Damián, embutido en su abrigo, con una gruesa bufanda liada al cuello y el sombrero todavía puesto. Lleva una pequeña maletita. Y está consternado)

DAMIÁN.—Señora...

(Leonor, Paloma y Belén se vuelven vivamente, cesan de reír en el acto y se quedan aterradas)

LEONOR.—¡Jesús! ¡Pero, Damián! ¿Qué haces aquí?

DAMIÁN.—*(Abrumadísimo)* ¡Señora! ¡Que se me han escapado!

(Leonor, Paloma y Belén casi en un grito)

LAS TRES.—¡No!

DAMIÁN.—¡Que sí!

LAS TRES.—¡Ayyy!

BELÉN.—¡Paloma!

PALOMA.—¡Belén!

LEONOR.—*(Con espanto)* ¿Que se han escapado? ¿Cuándo?

DAMIÁN.—Anoche. ¡Apenas llegamos a la finca!

LEONOR.—¡¡No!!

DAMIÁN.—Era la una de la madrugada. Yo me puse a encender la chimenea porque hacía un frío espantoso. Y de pronto, ¡pum!, oí que se ponía en marcha el coche del señorito Perico. Salí al jardín. Los llamé. Empecé a dar gritos. Pero sí, sí...

LEONOR.—Pero, Damián, grandísimo idiota...

BELÉN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

DAMIÁN.—*(Apuradísimo)* ¡Señora! ¡Que no lo pude evitar! ¡Que el seiscientos del señorito Perico corre como un bólido!

LEONOR.—*(Aterrada)* Pero, entonces esa pareja de locos ha pasado la noche juntos...

DAMIÁN.—¡Ay! Me temo que sí.

LEONOR.—¡Jesús!

DAMIÁN.—¡Señora! Pero si ya me figuraba yo que algo así iba a pasar. Si en el viaje de ida hacia la finca no hacían más que hablar del niño...

LEONOR.—*(Con un escalofrío)* ¡Cállate!

DAMIÁN.—*(Una transición)* ¡Ah! Por cierto, dicen que si es niña se va a llamar Leonor...

LEONOR.—¡¡Que te calles!!

DAMIÁN.—¡Hum!

LEONOR.—¡Quítate de mi vista! ¡No quiero verte!

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—¡¡Vete!!

DAMIÁN.—Bueno. Sí, señora. Ya me voy. ¡Hum!

(Y se va muy compungido por el pasillo. Leonor, excitadísima, va de un lado a otro)

LEONOR.—¡Hola! Conque se han reído de mí, conque se han escapado de verdad, conque no han respetado el juego. ¡Ah! ¡Tramposos! Pequeños tramposos...

(Paloma y Belén están apuradísimas)

BELÉN.—¡Ay, Paloma! ¿Dónde estarán?

PALOMA.—¡Toma! Pues en Torremolinos, en Saint-Tropez, en Acapulco o en un sitio así...

BELÉN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(De pronto, Leonor, con una enorme y tierna angustia)

LEONOR.—¡María! ¡Criatura! ¿Qué has hecho? ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Tonta, tonta, más que tonta. ¡Oh! ¡Y ese seductor...! *(Y de pronto, con un ímpetu incontenible, llega hasta el fondo y llama)* ¡Esteban! ¡¡Esteban!! ¿Dónde estás?

ESTEBAN.—*(Dentro)* ¡Aquí! *(Surge Esteban precipitadamente)* ¿Qué ocurre?

LEONOR.—¡Que tu hija se ha fugado con un hombre!

ESTEBAN.—*(Irritadísimo)* ¡Claro! Pero ¿es que crees que todavía no me he enterado?

LEONOR.—¡Hola! Entonces, ¿qué haces ahí parado como un idiota?

ESTEBAN.—*(Descompuesto)* ¡¡Leonor!!

LEONOR.—¡Atontado!

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—¡Vamos! ¿Qué esperas? Haz algo. ¡Muévete!

ESTEBAN.—Leonor, Leonor...

LEONOR.—(*Resueltísima*) ¡Vamos! ¡Aprisa! ¡Hay que llamar a la Dirección General de Seguridad!

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Hay que llamar a la Guardia Civil!

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—¡Hay que llamar al Ejército!

ESTEBAN.—¡Leonor! ¡Me vas a volver loco!

LEONOR.—¡Pero que los traigan! Dios mío, que los traigan... (*Y en la entrada del pasillo aparece Pedro Barrera*) ¡Pedro! (*Leonor en una transición va hacia Pedro y se abraza a él sollozando sin consuelo*) ¡Oh, Pedro, Pedro! ¡Perico! Esos chicos se han escapado...

PEDRO.—(*Conmovido*) Calma, por favor. Un poco de calma.

LEONOR.—¡Oh!

PEDRO.—No perdamos la serenidad.

LEONOR.—¡Dios mío! Esa niña tan joven, tan pura, tan limpia...

PEDRO.—Calla, Leonor. ¿Quieres?

LEONOR.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

(Pedro avanza unos pasos y se queda ante Esteban. Se miran un instante, en silencio. En voz baja, un poco turbada por la emoción)

PEDRO.—¿Cómo ha sido?

ESTEBAN.—No lo sé. Toma. Lee.

(Y le tiende la carta que está sobre la mesita. Pedro la lee y luego se deja caer en el sofá abrumado)

PEDRO.—¡Santo Dios! Pero ¡tanto, tanto se quiere esa pareja de críos? Pero ¿cómo es posible? ¿Qué les ha dado de pronto?

LEONOR.—¡Oh!

PEDRO.—Esteban, puedes creerme. Estoy avergonzado. Nunca pensé que las cosas llegaran a este punto. Jamás pude suponer a mi hijo capaz de cumplir sus amenazas. No, no esperaba de él una hazaña semejante. ¡Oh! Esto es incalificable. ¡Y esa pequeña loca que parecía una mosquita muerta! ¡Santo Dios! Pero ¿por qué se ha enamorado de mi hijo? ¿Por qué? ¡Si es un insensato! ¡Si es un socialista!

LEONOR.—(*Indignada*) ¡Pedro! ¡Déjate de discursos! ¡Levántate de ahí! ¡Haz algo!

PEDRO.—Pero, mujer...

ESTEBAN.—¡Pedro! Mi única esperanza eres tú. Tú lo puedes todo. Tú puedes hacer que los encuentren. Tú tienes influencias.

PEDRO.—¿Quién? ¿Yo? ¿Influencias yo? Pero, hombre, ¡qué equivocación! ¡Cómo se ve que acabas de llegar y todavía no le has tomado el pulso a la política nacional! Amigo mío, yo ya no pinto nada. ¡Yo ya no soy nadie! ¡Yo estoy mandado retirar! Ahora son otros lo que mandan: los liberales, los progresistas, los tecnócratas.¹⁷ ¡Ah! Esos, esos, todos esos. Pero, hombre, si en estos momentos tienes tú muchísima más influencia que yo...

LEONOR.—(*Impaciente*) Pedro, Pedro...

ESTEBAN.—¡Oh! Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¡Porque el tiempo pasa!

(Pedro se yergue, casi con violencia)

PEDRO.—¿Que qué vamos a hacer? Todavía no lo sé. Pero puedes estar seguro de que daremos con ellos, estén donde estén. Vamos a buscarlos tú y yo, juntos. Lo revolveremos todo, el país entero, si es preciso. Y te juro que cuando los encontremos...

ESTEBAN.—¿Qué?

PEDRO.—¡Hum! Lo primero que voy a hacer es darle una paliza a Perico...

PALOMA.—(*Conmovidísima*) ¡No!

BELÉN.—¡Ay! ¡Pobre Perico!

PEDRO.—¡Sí! ¡Una paliza! Porque se la merece. Porque es la primera vez que un Barrera...

(Y se calla, impresionadísimo. Porque en este momento en la entrada del pasillo aparecen Perico y Marita; muy juntos, como amparándose el uno en el otro. Y se quedan allí, quietos, sin atreverse a entrar. Todos los miran atónitos)

LEONOR.—¡María!

(Un silencio. Marita, de pronto, impulsivamente, echa a correr y se abraza a Leonor)

¹⁷ Los tecnócratas del Opus Dei fueron hegemónicos en los gobiernos del franquismo a partir de 1957. No cabe una equiparación con los liberales o progresistas, salvo desde la perspectiva del integrismo encarnado por Pedro Barrera.

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Emocionadísima*) ¡Hija mía! ¿Qué has hecho?

(*La muchacha se vuelve hacia su padre. En su mirada hay una súplica*)

MARITA.—¡Papá!

ESTEBAN.—(*Inmóvil*) ¡Hija!

MARITA.—¡Oh, papá, papá! ¡Papaíto!

(*Marita corre y se abraza a Esteban*)

ESTEBAN.—¡Marita!

(*Paloma y Belén corren hacia su hermana*)

PALOMA.—¡Marita!

BELÉN.—¡Ay! ¡Cuántas cosas nos tienes que contar!

(*Y en este momento, Pedro Barrera, que no ha dejado de mirar a Perico desde que apareció, se encara con él definitivamente*)

PEDRO.—¡Perico!

PERICO.—(*Muy amable*) Hola, papá. ¿Qué tal has pasado la noche?

PEDRO.—(*Sulfuradísimo*) ¡Silencio! ¡Mamarracho!

PERICO.—¡Atiza!

PEDRO.—¡Perico!

PERICO.—¿Qué, papá?

PEDRO.—Vete a la parroquia. Di que preparen los papeles. Porque, para que te enteres, te vas a casar con María antes de quince días...

(*Perico, salta, resplandeciente*)

PERICO.—¿Cómo? ¿Dices que me voy a casar con María...?

PEDRO.—¡Naturalmente! ¿O es que crees que a un caballero, en tu situación, le queda otra salida?

PERICO.—Pero, entonces... (*Y de pronto, emocionadísimo, casi heroico*) ¡¡Padre!!

PEDRO.—(*Furioso*) ¡¡Un cuerno!!

PERICO.—¡Papá!

PEDRO.—¡Quieto ahí! ¡No te acerques! ¡Ah! Y entérate bien. Conmigo no cuentas para nada, ¿eh? Para mí has terminado. ¡No te daré ni un céntimo!

MARITA.—(*Suavemente*) Un momento, señor Barrera.

(*Pedro Barrera se vuelve bruscamente hacia Marita*)

PEDRO.—¿Qué hay? ¿Qué tienes que decir tú?

(*Marita va hasta Pedro. Y le mira sonriente, con una dulce e inmensa seguridad*)

MARITA.—No es necesario que obligue usted a Perico a casarse conmigo. No hay por qué. ¡No ha pasado nada!

(*Pedro la mira atónito*)

PEDRO.—¿Qué? ¿Qué es lo que dices?

MARITA.—Es la verdad, señor Barrera. Verá usted. Esta noche, de madrugada, entramos los dos juntos en la habitación de un hotel de León. Es un hotel grande, fantástico, como un palacio antiguo. Pero al poco de entrar en aquella habitación, cuando ya estábamos solos, frente a frente, Perico se me quedó mirando, mirando, como si no me hubiera visto nunca. Y de pronto, no sé por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces, me dio un beso, echó a correr y desapareció. Me encerró y se llevó la llave. Y no le he vuelto a ver hasta esta mañana cuando amanecía y vino a buscarme para traerme a casa.

(*Pedro ha escuchado perplejo, conmovido*)

PEDRO.—¡María! ¿Eso es verdad?

MARITA.—¡Se lo juro, señor Barrera!

(*Y, de pronto, roja de rubor, escapa y desaparece por el fondo*)

PERICO.—(*Ruborizado*) ¡Je! Qué absurdo, ¿verdad? ¡Maldita sea mi estampa! (*Y marcha hacia el fondo siguiendo los pasos de Marita*) ¡María! ¡Mujer! Pero ¿qué has hecho? ¿No comprendes que esas cosas no se cuentan?

(Desaparece también. Un silencio largo. Pedro vuelve lentamente. Muy pensativo. Hablando como para sí mismo)

PEDRO.—Bien. Entonces, no hay por qué precipitar los acontecimientos. La boda puede esperar un poco. Naturalmente haremos una boda grande, solemne, importante, con centenares de invitados. En las Salesas, como quiere Leonor. Y la cena en el Ritz. Y yo me pondré mi viejo uniforme de embajador...

LEONOR.—¡Pedro!

(Paloma y Belén se miran radiantes)

BELÉN.—¡Paloma!

PALOMA.—¡¡Belén!!

BELÉN.—¡Ay! ¡Marita! ¡Perico!

PALOMA.—¡Perico! ¡Marita! ¡Perico!

(Salen las dos, disparadas, por el fondo. Quedan en escena Pedro, Leonor y Esteban. Pedro, de pronto, se vuelve hacia Esteban muy enfadado)

PEDRO.—Bueno, claro, todo eso es en el caso de que tú no te opongas. ¡Porque a lo mejor tus sentimientos democráticos te impiden emparentar con los Barrera!

ESTEBAN.—*(Sonriendo emocionado)* No, Pedro. Puedes estar seguro de que nada me impide emparentar con los Barrera...

PEDRO.—*(Todavía enfadado)* ¡Vaya! Me alegro. Pues, para que te enteres, querido: te has quedado sin hija. Desde hoy, María, me pertenece a mí.

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

PEDRO.—¡Ah! En eso voy a ser inflexible. ¡Digo! Pues poco que voy a presumir yo cuando entre llevando del brazo a esa bonita muchacha en los restaurantes y en los teatros y aquí y allá. ¡Ah! ¡Y me la llevaré a Londres y a París! ¡Y los veraneos a la Costa Azul! ¡Y pasaremos las primaveras en la casa de Betanzos! *(Se calla un segundo. Luego se vuelve a Leonor)* ¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué, Pedro?

PEDRO.—Haremos reforma en la casa de la calle Serrano, ¿sabes? ¡No! Pero ¿qué digo? ¡Compraremos un piso! Un piso grande, nuevo, lleno de luz, como tú querías...

LEONOR.—*(Muy conmovida)* Perico...

PEDRO.—¿Qué? ¿Estás contenta?

(Leonor va hacia él, le abraza y le besa en una mejilla)

LEONOR.—¡Oh! ¡Perico! ¡Cariño! Este es mi Pedro, mi amigo... Aquel muchacho maravilloso.

PEDRO.—¡Hum! Bueno, bueno...

(Pedro, un poco azorado todavía, marcha hacia el fondo. Hay un silencio)

ESTEBAN.—*(Suavemente, entrañable)* ¡Pedro!

PEDRO.—¿Qué, Esteban?

ESTEBAN.—¿Te sientes derrotado?

PEDRO.—Sí.

ESTEBAN.—¿Y estás triste?

PEDRO.—*(Muy despacio, pensando profundamente lo que dice)* No, Esteban. No estoy triste. Es curioso. Pero estoy contento, muy contento. Tengo la sensación de que me he liberado de una carga muy grande. Pesan mucho el odio y el rencor, ¿sabes? Y han sido tantos y tantos años soportando esa losa abrumadora. Ahora, de pronto, me siento ligero y limpio como nunca me he sentido. Es como si dentro de mí hubiera vuelto a surgir un hombre nuevo. Y ahora me doy cuenta de que, aunque no me atreviera a decírmelo a mí mismo, esto es lo que he estado esperando siempre, esto es lo que siempre he deseado con toda mi alma. Olvidar. Y volver a empezar. ¡Vivir! ¿Comprendes?

ESTEBAN.—Sí, Pedro. Yo también quiero volver a empezar.

PEDRO.—*(De pronto, con un insólito orgullo)* ¡Je! Perico es un hombre, ¿eh? Todo un hombre.

ESTEBAN.—Sí.

PEDRO.—Y esa chica tuya, ¡qué valiente! *(Un leve silencio)* ¡Y tan enamorada!

ESTEBAN.—Sí.

PEDRO.—¡Je! Oye, Esteban. Aquella noche, en París, en el café de Saint Germain, estuve a punto de darte un abrazo...

ESTEBAN.—Ya lo sé, Pedro, ya lo sé.

PEDRO.—Y la otra mañana, cuando Leonor me pedía que te diera la mano...

ESTEBAN.—Calla, calla. ¿Quieres? Todo eso pasó.

PEDRO.—¡Qué feroces somos a veces los hombres! ¿Verdad? ¡Qué maldito y pequeño monstruo llevamos dentro!

ESTEBAN.—¡Je! También llevamos un ángel. Por eso triunfa tantas veces el amor...

(Otro silencio. Y de pronto, Pedro, sonriente, se vuelve hacia Esteban muy jovial)

PEDRO.—Bueno, hombre, bueno. ¿Y qué? ¿Qué escribes ahora?

ESTEBAN.—Mira. Voy a empezar un libro de memorias...

PEDRO.—¡Hola! ¿Y cómo se titulará esa obra maestra?

ESTEBAN.—*Un hombre que no ha perdido la esperanza.*

PEDRO.—(Pesimista) ¡Hum! ¡La esperanza! ¿Tú crees que este mundo que vivimos da lugar a muchas esperanzas?

ESTEBAN.—¿Por qué no?

PEDRO.—No sé, no sé. Los chinos...

ESTEBAN.—¡Pedro! Piensa en María y en Perico. ¿No son ellos dos, juntos y enamorados, una hermosa esperanza?

PEDRO.—Es verdad. ¡Los jóvenes...!

ESTEBAN.—Ellos harán el mundo nuevo, Pedro. Y lo harán con pasión, con alegría, con amor, con mucho amor. Por eso, a nosotros, a todos nosotros nos queda la esperanza. ¡Ah! Y el orgullo. Porque estos jóvenes, aunque ellos no lo hayan descubierto todavía, son obra nuestra...

(Otro leve silencio)

PEDRO.—(De pronto, casi entusiasmado) Oye. Volveremos a salir juntos, ¿verdad?

ESTEBAN.—¡Naturalmente! Como entonces...

PEDRO.—¿Tú juegas al golf?

ESTEBAN.—(Ríe) ¡No!

PEDRO.—¡Ah! Pues aprenderás... Te llevaré al Club de Campo.

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

PEDRO.—¡Vaya! Es muy sano el golf. ¡Adelgazarás!

ESTEBAN.—¡Hombre!

PEDRO.—Oye, ¿qué haces por las noches?

ESTEBAN.—Nada. A veces, Leonor se lleva a las chicas al cine o al teatro. Pero yo no salgo nunca.

PEDRO.—¡Ah! Pues eso no puede ser. ¿Sabes qué te digo? Que de vez en cuando nos iremos los dos juntos a cenar por ahí. Conozco algunas tabernas en el viejo Madrid sencillamente fabulosas...

ESTEBAN.—(Muy contento) ¡No me digas! ¡Mi viejo Madrid!

PEDRO.—Oye. Ahora que caigo. ¡Pero nos llevaremos también a Leonor!

ESTEBAN.—¿A Leonor?

PEDRO.—¡Claro! Como entonces...

*(Los dos se vuelven vivamente hacia Leonor, que ha escuchado en silencio todo su diálogo, gozosamente emocionada)*¹⁸

ESTEBAN.—Leonor...

LEONOR.—*(Muy bajo)* ¿Qué?

PEDRO.—¿Te acuerdas, Leonor? ¿Te acuerdas de una noche de verano que Esteban y yo te llevamos a la verbena de San Antonio en un coche de caballos?

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Que si me acuerdo! ¡Aquella noche fui la chica más feliz de la verbena! Iba yo tan orgullosa con mi mantón de Manila entre aquellos dos muchachos tan guapos y tan alegres...

PEDRO.—¡Oh!

(Ríen los tres)

ESTEBAN.—Oye, Perico. ¡Y tú y yo con sombrero hongo y un clavel en la solapa!

PEDRO.—*(Riendo)* ¡No!

ESTEBAN.—¡Ah, sí, sí!

PEDRO.—¿Estás seguro?

ESTEBAN.—¡Oh? Te diré...

PEDRO.—¡Calla! Pues a mí se había olvidado lo del hongo...

LEONOR.—¡No!

(Ríen los tres. Pero están a punto de echarse a llorar. Pedro reacciona casi con rubor)

PEDRO.—Bueno...

ESTEBAN.—¡Je!

PEDRO.—Me voy con los chicos. Después de todo, tengo que empezar a ganarme el cariño de María y no hay tiempo que perder... *(Marcha hacia el fondo. Y desde allí)* ¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué, Pedro?

PEDRO.—Dile a Damián que ponga dos cubiertos más en la mesa. Perico y yo nos quedamos a almorzar.

(Sale. Leonor y Esteban, solos, callados, se miran)

¹⁸ La relación entre los tres personajes recuerda un gran éxito teatral: *El baile* (1952), de Edgar Neville.

LEONOR.—¡Dios mío! Pero si parece otro hombre...

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) ¡No! Es el mismo de siempre. Lo que ocurre es que los hombres somos más sinceros en el amor que en el odio. (*Se miran otra vez. Él sigue sonriendo*) Bien. Ya has conseguido todo lo que querías. Ya has envuelto en amor a los peregrinos que llamaron a tu puerta...

LEONOR.—¡Sí!

ESTEBAN.—¿Estás contenta?

LEONOR.—Sí, Esteban. Estoy muy contenta. ¡La vida es tan bonita! (*Marcha despacio hacia el balcón. Desde allí mira a la calle*) ¿No sabes? Hace muchos años, cuando yo era muy joven, casi una niña, y me sentía muy dichosa, me asomaba a este balcón y me creía la dueña del mundo. Es decir, me creía que era mío el jardín de la plaza de París...

(Un silencio. y se oye dentro la voz de Marita que llama jubilosamente)

MARITA.—(*Dentro*) ¡Papá! ¡Leonor! ¡Papá!

LEONOR.—¡Oh!

(Y en el fondo surge Marita, tremolante de júbilo)

MARITA.—¡Papá! ¡Leonor!

LEONOR.—¡María!

(La muchacha se abraza a Leonor entusiasmada)

MARITA.—¡Dios mío! ¡Qué feliz soy! ¡Pero qué feliz! ¡No se puede ser más feliz!

LEONOR.—¡Chiquilla! ¡Que me vas a hacer llorar!

MARITA.—¡Y me gustaría tanto que todo el mundo fuera tan feliz como yo!

LEONOR.—¡Oh!

(Marita, de pronto, en una transición, se queda mirando a Leonor con cierta preocupación)

MARITA.—Por cierto, Leonor. ¿Puedo hacerte una pregunta? De mujer a mujer...

LEONOR.—(*Asustada*) ¡Niña! ¿Qué me vas a preguntar?

MARITA.—(*Casi con severidad*) Mírame, Leonor...

LEONOR.—¡María!

MARITA.—¡Contesta! ¿Cómo van las cosas entre papá y tú?

(Leonor escapa sonrojadísima)

LEONOR.—¡Jesús! ¿Pero cómo se te ocurre preguntarme eso? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

MARITA.—*(Pesimista)* ¡Huy! Malo, malo...

LEONOR.—¡María!

(Marita se vuelve hacia su padre)

MARITA.—¡Papá! Tengo una idea. ¿Por qué no te llevas a Leonor a pasar unos días a la finca de León?

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—*(Asustadísima)* ¿Cómo? ¿A la finca?

MARITA.—¡Sí! ¡A la finca!

LEONOR.—¿Tu padre y yo... solos?

MARITA.—¡Naturalmente!

LEONOR.—Pero hijita, tú no sabes lo que dices...

MARITA.—*(Riendo)* ¡Oh! ¡Qué ingenua eres, Leonor!

LEONOR.—¡¡María!!

(La muchacha va de nuevo hacia Leonor)

MARITA.—Ven aquí, Leonor. Y escucha esto: yo soy muy joven. Yo no sé casi nada de nada. Pero tengo presentimientos, ¿sabes? Y estoy segura de que la vida, cuanto más clara es, más limpia y más bonita resulta...

LEONOR.—¡Hija!

MARITA.—¡Fuera fantasmas, Leonor!

LEONOR.—¡Oh!

MARITA.—*(Resueltísima)* Conque no se hable más ¡y adelante! ¡Papá!

ESTEBAN.—¿Qué, hija?

MARITA.—¡Hala! Llévatela a la finca.

ESTEBAN.—¡Je!

MARITA.—¡Andando! Os iréis después de almorzar y estaréis allí cuatro o cinco días...

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡Je! ¿Es una orden, Marita?

MARITA.—¡Naturalmente! *(Y se va hacia el fondo)* Ahora tenéis que perdonarme. Pero no me puedo entretener ni un minuto más con vosotros. ¡Chis! En estos momentos estoy dedicada a la conquista de un embajador de España...

(Desaparece. Leonor y Esteban se miran. Ella, atónita; él, un tanto azorado)

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—Pero Esteban...

ESTEBAN.—¿Qué?

LEONOR.—Estas criaturas son terribles. Lo saben todo, lo comprenden todo, lo resuelven todo...

ESTEBAN.—¡Je! Pues sí...

(Ella se aparta preocupadísima)

LEONOR.—Jesús, Jesús. ¡A la finca de León! ¡Tú y yo solos!

ESTEBAN.—¡Oh! Ya estuvimos una vez.

LEONOR.—¡Claro! A la vuelta de Venecia. Después del viaje de novios.

ESTEBAN.—*(Sonríe)* ¿Te acuerdas?

LEONOR.—¿Cómo no voy a acordarme? *(Marcha, con un irremediable rubor, hacia el balcón. Se queda allí, mirando otra vez hacia la calle. Un silencio)* Habrá que llevar alguna ropa de invierno. Allí siempre hace frío.

ESTEBAN.—¡No importa! Encenderemos la chimenea.

LEONOR.—Es verdad. ¡Aquella chimenea!

(Otro silencio. Más largo. Él se acerca despacio. Y muy bajo)

ESTEBAN.—¿Qué estás pensando, Leonor?

(Ella calla. Luego, sin dejar de mirar la calle. Muy despacio. Con una honda emoción)

LEONOR.—¿No lo adivinas, Esteban? Estaba pensando que es mío el jardín de la plaza de París...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE